

ESTUDIOS ARTISTICOS



Bajos relieves de la iglesia de la Celle, departamento de Eure en Francia.

En nuestro número anterior presentamos un grabado del altar mayor de la iglesia de la aldea de Hermialde en la provincia de Guipuzcoa, y hoy lo haremos de unos bajos relieves que existen en el templo de otra aldea de Francia, porque nos hemos propuesto que las páginas del Museo encierren todas las bellezas artísticas de todos los países; así solo justificaremos el título que tenemos adoptado.

25 de Mayo de 1851.

Estos bajos relieves en que se conoce al propio tiempo que el espíritu piadoso que los trazó, la mano inespérimentada, la sequedad de las formas, la singularidad de detalle, pero la fé viva y el instinto profundo de los artistas del renacimiento, se refieren á los principales episodios de la vida de la Virgen y de San Jorge.

El primero, partiendo de la izquierda en la parte superior.

TOMO IX. 13

perior, representa el nacimiento de María; el segundo, su entrada en el templo; el tercero, la anunciación; los tres siguientes el nacimiento de Jesús, la adoración de los magos y la circuncisión. Luego viene María junto á San Jorge enfermo; San Jorge recibiendo de la Virgen y de los ángeles las investiduras de caballero; María y Jesús asistiendo al combate de San Jorge contra el dragón del paganismo; el bautismo dado por San Jorge á los nuevos cristianos; San Jorge delante del tribunal de sus perseguidores; y en fin el martirio de San Jorge: su cuerpo permanece milagrosamente de rodillas después de haberle cortado la cabeza y los ángeles reciben su alma para trasportarla al cielo.

Estos bajos relieves aunque reunidos no son probablemente de la misma mano; el mejor es sin duda la adoración de los magos. Las estatuas que los separan son todavía más notables, y descuellan sobre todo por sus ropajes que revelan la mano de un escultor de mérito.

DON PEDRO IV DE ARAGON

LLAMADO EL CEREMONIOSO,

Y LAS ALTERACIONES CONOCIDAS CON EL NOMBRE DE LA UNIÓN.

I.

Llegaron á alcanzarse en el siglo XIV en nuestra Península los reinados de tres monarcas llamados Pedros, que parece llevaban unido al nombre cierta fatalidad, porque los tres pudieron disputarse, á cual con más razón, el odiosísimo dictado de crueles; y los tres fueron de carácter duro y aferrado, en extremo coléricos, y severísimos en sus justicias. Don Pedro I de Portugal, que comenzó á reinar en 1337, famoso por su querida doña Inés de Castro, llevó sus justicias hasta el extremo de no merecer otro nombre que el de crueldades. Don Pedro IV de Aragón, cruel por temperamento y por cálculo, unía además un corazón solapado y traidor: y don Pedro I de Castilla, que sucedió á su padre don Alonso XI, en 1350, ha pasado á la historia retratado con los colores más abominables. Sin embargo, el sobrenombre de *cruel* solo se ha adjudicado á este último, tal vez porque no triunfó; porque murió víctima de una traición innoble, á manos de su hermano bastardo, que le arrancó la corona de la cabeza aun palpitante, para ceñírsela él, y que por lo tanto tuvo un interés muy marcado en que los actos de su hermano pasasen á la posteridad manchados con los más negros colores. Dícese que mandó quemar cuantos escritos pudieran favorecerle, hasta los documentos oficiales de su reinado, con el objeto de que su fea usurpación fuese menos mal mirada, y aun se reputase como un bien. ¡Ay del vencido!

Verdad es que don Pedro de Castilla había abusado de su poder en las justicias orientales y sin forma ninguna de proceso con que castigó á los conspiradores, y se ensangrentó contra sus enemigos; verdad es que hay motivos para acusarle de lujurioso y avaro; pero en medio de tan-

tos defectos era hombre de corazón, de nobleza, y cumplido caballero. Probablemente si en los campos de Montiel hubiera sido victorioso, si hubiera muerto de muerte natural sentado en el respetable trono de Castilla, y empuñando el cetro poderoso de los Alfonsos y Fernandos, su nombre hubiera llegado á nuestra noticia con la calificación de justiciero. Como cruel, lo fué mucho más don Pedro de Aragón, y tal vez la identidad del nombre, y el ser confinantes ambos reinos, pudo contribuir á que algunos hechos se confundiesen, y toda la parte odiosa de la crueldad que había hecho estremecer á la Península entera, se desahogase contra aquel que ya no podía defenderse desde el sepulcro, á quien se podía acusar impunemente, y aun era un mérito el hacerlo, y que ni podía oír la adulación, ni recompensarla con largas mercedes. Porque indudablemente don Pedro de Aragón, á juzgar por los hechos consignados en la historia, fué más vengativo, tuvo peor corazón, y menos caballerosidad, y sin embargo borradas sus páginas sangrientas, lleva el sobrenombre de *ceremonioso*, porque arregló y organizó por sí mismo el servicio de su palacio, y las funciones de la etiqueta, de que fué celosísimo.

Si esta opinión no estuviese confirmada por todos los historiadores catalanes y aragoneses, bastarían á apoyarla las palabras de Berenguer de Puig Pardiñas que dice en su sumario de España: «*Aqueste rey emperre fonch molt bon caballer e molt animós, pero fonch molt cruel, car feu morir (segons se diu) a molts homens de sanch real en presons, é en cara es diu cavé en la mort del infant don Ferrando son germa.... etc.*» Pero todavía es más terrible la pintura que de este monarca nos dejó el sábio analista de Aragón Gerónimo de Zurita, que en el lib. 8.º cap. 5.º dice así: «Fué la condición del rey don Pedro y su naturaleza tan perversa é inclinada á mal, que en ninguna cosa se señaló tanto, ni puso mayor fuerza, como en perseguir su propia sangre.» Y más adelante añade: «y finalmente, muertos sus hermanos el uno con veneno, y los dos á cuchillo, cuando se vió libre de otras guerras en lo postrero de su reinado, entendió en perseguir al conde de Urgel su sobrino; y al conde de Ampurias su primo, y acabó la vida persiguiendo y procurando la muerte de su propio hijo que era el primogénito.»

Esta feroz persecución de su familia revela unas entrañas de tigre, una maldad indefinible; y no fué sola su familia, sus enemigos de todas clases le encontraron siempre inexorable y vengativo, y sus justicias aun horripilan al recordarlas. Por grandes que fuesen los agravios que hubiese recibido, excesivo y cruel fué también su castigo, porque él los había provocado como lo probará el episodio, de que voy á ocuparme con la brevedad posible.

II.

Don Pedro IV de Aragón ocupó el trono por muerte de su padre don Alfonso IV, acaecida en Barcelona el 24 de enero de 1336. Ni aun presenciar este doloroso trance pudo su esposa la reina, que recelosa de su hijastro por las malas obras que la había procurado, y porque conocía su aspereza y rigor, se apresuró á entrar en Castilla, salvando á duras penas su dinero y alhajas y refugiándose también con ella sus dos hijos don Fernando y don Juan.

Desde Castilla, apoyados por el rey don Alfonso XI, hermano de la reina viuda de Aragon, reclamaron del nuevo monarca el cumplimiento de la última voluntad de su padre, y la entrega de las ciudades y castillos, que tanto en vida como en su testamento les habia señalado, y al efecto habian ido varias veces embajadores de Castilla. Pero don Pedro les contestaba con la mas refinada doblez, que deseaba con todo su corazon complacer y tener amistad con el rey de Castilla, y hacer justicia como debia á su madrestra y hermanos; pero que el testamento de su padre no estaba aun publicado, y por razones muy poderosas no podia aun publicarse, y por consiguiente hasta que se verificase este acto solemne, no podia tener lugar su cumplimiento; y en cuanto á la confirmacion de las donaciones que en vida les hiciera su padre, creia él que ni tenian derecho á ellas, ni podian exigir las en justicia.

Esta negativa habia naturalmente de mantener en constante enemistad á la reina y los infantes contra don Pedro, procurando los primeros hacerse partido y ganar favor con algunos grandes del reino, para con su apoyo reclamar sus derechos del modo que les fuese posible. Habíaseles unido el infante don Jaime, que era tambien hermano del rey, hijo del primer matrimonio, no solo porque conocia lo justo de sus reclamaciones, sino por no estar muy satisfecho de su hermano. Con esto andaba todo el reino muy alborotado y descontento, y el rey, con una novedad que quiso introducir, arrojó una tea encendida en medio de aquel combustible preparado; y se vino á un rompimiento que costó mucha sangre, y puso en mucho peligro el reino.

Hacia el año 1347, considerando don Pedro que hasta entonces no habia tenido mas que hijas, y que si moria sin tener varon, por las leyes vigentes en el reino, le sucederian sus hermanos, á quienes aborrecia mortalmente; pensó en variar la ley de sucesion declarando á su hija mayor doña Constanza, princesa heredera, y haciendo que los reinos la jurasen como su legitima sucesora. Consultó primero esta idea con algunos caballeros, y señaladamente con su favorito don Bernardo de Cabrera, pero unánimes le contestaron, que el reino no la toleraria por ser contrario á los fueros y leyes otorgadas y confirmadas por sus antecesores, y por lo tanto que era peligrosísimo aun el intentarlo. Su voluntad aferrada no consultaba para oír reflexiones, sino para ser obedecida, y lleno de cólera contestó: *pues yo veré si á pesar de los fueros y las leyes puede hacerlo*; y desde aquel dia emprendió con mas calor su proyecto. En Zaragoza tuvo varias consultas con este motivo, procuró ganar algunas personas poderosas con halagos y promesas, y como estas y la adulacion pueden tanto, muchos concluyeron por ofrecerle su apoyo, y procurarle, como lo hicieron, el de sus amigos y allegados.

No podian estos tratos ocultarse á los hermanos del rey, y señaladamente al infante don Jaime que era su inmediato heredero, y que por el carácter de gobernador del reino que la ley le concedia, contaba con muchos amigos y con no pequeño prestigio en un pais, que tan celoso se habia manifestado siempre de la conservacion de sus fueros venerandos. Disimulaba sin embargo y afectaba ignorarlo, creyendo ó que el rey desistiria de su propósito, ó que tendria lugar de defender sus derechos en las cortes, á las que indispensablemente tenia que proponerlo, pues sin su consentimiento no podia variarse la ley de suceder en el reino. Pero ni don

Pedro estaba en ánimo de retroceder ante dificultad de ningun género, ni la violencia de su carácter le permitia dilatarlo, y así hallándose un dia en Valencia á solas con su hermano don Jaime le indicó resueltamente que tendria que renunciar sus derechos á la corona, pues estaba resuelto á declarar á su hija mayor doña Constanza su inmediata heredera y sucesora. El infante que conocia el carácter violento de su hermano, lejos de contradecirle abiertamente, y tratando de evitar un rompimiento en el acto, le contestó, que tenia ya noticia de que hacia tiempo se ocupaba de aquel negocio, pero que sabiendo que los reyes sus predecesores habian vinculado la sucesion de los reinos de Aragon, Valencia y el condado de Barcelona en la linea masculina, y que esta ley estando acatada y confirmada por las cortes, formaba parte de los fueros, que él mismo habia jurado guardar y defender al tomar la corona, le parecia imposible quisiese faltar á sus juramentos en un asunto tan grave. Y aun prescindiendo de esto, creia, que el tratar entonces aquella cuestion era inútil y fuera de propósito, puesto que tanto él, como la reina su esposa, eran muy jóvenes, y podian aun tener abundantes hijos varones, que hiciesen de todo punto inútil esta novedad, que tan fatales consecuencias podria traer al reino. Conocia el rey toda la fuerza y verdad de estas razones, pero estaba decidido á no apreciarlas, y con ánimo resuelto dijo á su hermano; que aunque era cierto lo que acababa de decirle, sin embargo para su descargo por si Dios disponia de su vida, queria el que se declarase á quien pertenecia el reino, y que sus hijas fuesen preferidas á sus hermanos. Esta contestacion equivalia á una declaracion de guerra entre los dos hermanos, porque don Jaime apoyado en la ley, era muy natural que quisiese vindicar sus derechos, y seseparó del rey muy quejoso, y resuelto á sostenerlos con las armas.

Desde aquel momento la intencion del rey dejó ya de ser un secreto; todo el mundo se ocupó de este importante asunto, y todos comenzaron á prepararse para tomar un partido en el rompimiento que ya era inevitable. El infante se apresuró á solicitar el favor de los caballeros mas influyentes y poderosos, no descuidándose en ponderar al pueblo la tiranía de su hermano, que de un modo tan manifesto pretendia esclavizar sus vasallos, hollando sus fueros y leyes, y despojándole á él de unos derechos tan sagrados é indisputables. Apenas estos primeros pasos llegaron á noticia de don Pedro, quitó á su hermano la gobernacion del reino, y le mandó salir de Valencia, prohibiéndole volver á entrar en esta ciudad, y en Zaragoza, Barcelona, Lérida, Tarragona y Tortosa, avisándole ademas que no suscitase conmociones, ni tratase de oponerse á su voluntad, pues de lo contrario le castigaria como reo de alta traicion. No estaba tan preparado don Jaime que pudiese oponerse á este violento mandato, y afectando obedecerlo sumiso, salió de Valencia, y sin entrar en ninguna de las ciudades señaladas, se situó en Balaguer.

Aunque los derechos del infante no hubiesen sido tan legítimos, y la novedad que el rey intentaba tan contraria á los fueros; este destierro y persecucion tan injusta le hubieran ganado prosélitos, porque la compasion atrae á muchos á favor del desgraciado. Así es que lo mismo fué publicarse que don Jaime habia sido depuesto del cargo de gobernador y desterrado, y el mandamiento del rey, de que los nuevos gobernadores encabezasen sus órdenes y

despachos en nombre de la princesa heredera doña Constanza, se dejó ver en todo el reino el descontento mas marcado y los síntomas de una conmoción general.

No retrocedió don Pedro ante esta nueva dificultad, antes redobló sus esfuerzos, comenzó á ganarse amigos y reunir fuerzas, y para evitar que los catalanes tomasen parte en favor de su hermano, se dirigió á Barcelona. Al volver á Valencia, la reina dió á luz un hijo varón que hubiera atajado el mal en su origen si viviera, pero desgraciadamente murió en el mismo día, y no tardó en seguirle su madre, que dejó de existir cinco días despues, y su cadáver fué sepultado en Valencia en la iglesia de San Vicente de la Roqueta.

Esta desgracia afirmó mas al rey en su propósito, y el siete de abril hizo publicar la emancipación de su hija primogénita, y jurarla como princesa heredera de sus reinos. Don Jaime, que hasta entonces habia permanecido en Balaguer aunque sin descuidarse para preparar las cosas para este momento, se situó en la villa de Fuentes junto á Zaragoza. Desde allí escribió á los grandes, á los prelados y á las comunidades del reino, invitándolos á que se le uniesen para proteger los fueros del reino, y poner coto á la tiránica arbitrariedad del monarca. Esceptuando Teruel, Daroca, Calatayud y Huesca, las demas ciudades de Aragon, y los hombres mas señalados é influyentes acudieron al llamamiento del infante, y se reunieron en Zaragoza, donde tambien á pocos días entró don Jaime para ponerse al frente del movimiento. Volvió á tomar la gobernación de que le habia despojado su hermano, y en union con los demas conjurados se declaró contra lo dispuesto por el rey en punto á la sucesión, y mandó sacar y enarbolar el antiguo estandarte de la Union y renovar sus leyes. Todos prometieron seguir esta nueva bandera en defensa de sus leyes, pero jurando al mismo tiempo acatar y respetar la persona real. Para que las disposiciones de la Union tuviesen mas autoridad y prestigio, mandaron abrir un sello grande, en el cual estaba representada la figura de un rey sentado en su trono real, y debajo de él, el pueblo con las manos alzadas, significando que pedia é imploraba justicia. Selladas ya con él envió la Union sus cartas á todas las ciudades invitándolas á tomar parte en aquella causa, cuyo objeto era conservar puros é intactos sus privilegios y leyes. La contestación no pudo ser mas satisfactoria; Aragon entero (escepto las cuatro ciudades antes dichas) confirmó lo que habia prometido al infante, y el reino de Valencia (esceptuando las villas de Játiva y Burriana) abrazó con entusiasmo el partido contrario al rey, y juró defender y seguir la Union.

En grande apuro pusieron á don Pedro estos acontecimientos, cuya importancia no podia desconocer, y cuya noticia recibió en Barcelona, y en momentos bien criticos, pues el conde de Mompeller habia entrado en Cataluña al frente de sus ejércitos, y era menester hacerle frente, y salvar el condado. Pero no se acobardó ante tamaña dificultad: para calmar algun tanto los ánimos de los insurgentes, y ganar tiempo aparentando que cedia, dió orden á sus gobernadores para que en los despachos y documentos públicos, dejasen de poner el nombre de su hija, y sustituyesen el del rey; y reuniendo todas sus fuerzas, cayó como el rayo sobre don Jaime, conde de Mompeller, á quien en pocos días desbarató obligándole á refugiarse en Francia. ¡Tanto puede un hombre de carácter duro y voluntad decidida!

III.

Mientras don Pedro combatia en Cataluña, los de la Union, aprovechando los primeros momentos de entusiasmo, se encontraban en gran pujanza, tenían su corte en Zaragoza, y desde allí fomentaban los aprestos ofensivos y defensivos que se hacian en todo el reino. En dicha ciudad se habian reunido con don Jaime los infantes don Fernando y don Juan, con todos los caballeros de su parcialidad, que puede decirse era lo mas florido de Aragon y Valencia, y desde luego determinaron hacer venir allí al rey, para que á presencia y con el consentimiento de las cortes se arreglase definitivamente el asunto de la sucesión. Con este fin le escribieron una carta sumamente respetuosa, rogándole viniese á Zaragoza, reuniera las cortes, y oyera los votos de sus vasallos, no dando lugar á la perdición del reino. Temia don Pedro que si se presentaba en dicha ciudad, los de la Union se apoderarian de su persona, le apresarían tal vez, y cuando menos le obligarian á desistir de su empresa; y así sin contestar á la invitación de los conjurados, publicó la convocatoria á cortes para el 13 de agosto de aquel mismo año; pero señalando para celebrarlas la ciudad de Monzon. Reclamaron de nuevo los aragoneses, y le suplicaron que fuese á Zaragoza á celebrarlas, protestando enérgicamente que no acudirían á Monzon ni cederían de su empeño. Don Pedro meditó con detenimiento sobre las consecuencias que podia traer el romper abiertamente con los aragoneses, y con objeto de conocer á fondo el estado y fuerzas de la Union, de asegurar su persona, y de ganar tiempo, envió un sugeto de su entera confianza para que en su nombre pidiese á los conjurados un salvoconducto, con el cual pudiese presentarse en medio de ellos con entera seguridad de que seria respetada su persona.

Reunidos en pública sesión los infantes y demas caballeros de la Union, oyeron al enviado de don Pedro, á quien contestaron: «Manifestad á S. M. la grande estrañeza que nos causa, que un rey venga á pedir seguro á vasallos suyos, que nada han intentado ni intentarán contra su sagrada persona, y que están prontos á darle evidentes pruebas de ello. Que si otra cosa le habian hecho creer, le habian engañado, pues ellos no tenían mas objeto que conservar sus venerandos fueros y leyes, para cuya confirmación y tranquilidad del reino, habian suplicado y suplicaban de nuevo á S. M. viniese á Zaragoza, donde lo recibirían como fieles y leales vasallos.»

Informado don Pedro por la relación de su emisario de que nada se intentaba contra su persona, se resolvió, no sin algunas precauciones, á meterse en medio de los de la Union, que le cumplieron fielmente la palabra. Los infantes, acompañados de todos los caballeros, del clero, autoridades y comunidad de Zaragoza, salieron á recibirle, y su entrada en la capital de Aragon, fué como un triunfo, que fué solemnizado por algunos días con fiestas y alegrías, y con entusiasmas aclamaciones del pueblo.

El sábado siguiente á su entrada, las cortes se hallaban ya reunidas en la iglesia de San Salvador, y el rey se presentó para su apertura acompañado de los caballeros de su corte. Con magestad y desenfado, subió al púlpito de dicha iglesia, y desde él pronunció un largo discurso, escusándose de no haber reunido antes las cortes por hallarse ocupa-

do en defender sus reinos contra los enemigos que los habían invadido; y despues les dijo, que él había venido á Zaragoza como debía todo buen rey, á entenderse con sus vasallos en razon y justicia. Por lo tanto que su ánimo era determinar con ellos lo que fuese razon para conservar los fueros y privilegios. Los infantes y todos los de la Union, le contestaron *que así lo esperaban de su lealtad y justicia*, y la sesion se levantó, acompañando todos al rey hasta su alojamiento.

Aunque las palabras pronunciadas aquel dia con tanta solemnidad contentaron á todos, ninguno las creyó sinceras, ninguno esperó de buena fé su cumplimiento. Los que conocian el carácter duro é indomable de don Pedro, sabian que á pesar de sus promesas, no retrocederia en su propósito; y éste que no deseaba mas que aniquilar y destruir á sus contrarios, desde el momento de volver á su alojamiento, comenzó á poner en juego cuantos medios estuvieron á su alcance para conseguirlo. Don Bernardo de Cabrera, el castellano de Amposta y los demas parciales del rey, se encargaron de sembrar la discordia entre los caballeros de la Union, y á unos con engaños, á otros con dádivas, y á todos con pomposas promesas, lograron que una gran parte prometiesen seguir la opinion del rey y abandonar la Union. En consecuencia el partido quedó dividido, pues los que resistieron á estos amaños, unos quedaron dudosos y en espectacion de los acontecimientos, y los mas llenos de temor y desconfianza.

Preparado ya el terreno, el rey se encargó de dar un golpe mortal á la Union, encargándose él mismo de realizarlo. Anunció y señaló dia para la próxima sesion, y antes habia mandado á dos caballeros de su íntima confianza Pedro Jimenez de Pomar, y Gonzalo de Castelví, que en las córtes procurasen ponerse á los pies del infante don Jaime, y si este se movia contra él, le matasen en el acto á puñaladas. Como se tenia conocimiento de los manejos empleados en aquellos dias, creyó todo el mundo que aquella sesion habia de ser animada y borrascosa, pues en ella los de la Union debian presentar sus peticiones, y el rey otorgarlas ó negarlas, y por consecuencia descubrirse ya por qué partido habia de quedar la victoria en la curia. Unos y otros se habian preparado ya de antemano, y el pueblo, ó incitado por los partidos ó instigado por la curiosidad, estaba reunido en las inmediaciones de la iglesia.

El rey entró en ella con rostro amenazador y severo, se sentó en el trono, dirigió una mirada escrutadora hácia el infante para ver si estaban colocados convenientemente los que en caso necesario debian ser sus verdugos, y comenzó á oír las peticiones. Al principio contestaba con las palabras de fórmula, mas apenas llegó una, que él creyó ser contraria á su dignidad real, se levantó de su asiento, y fijando sus ojos que parecian arrojar fuego en su hermano don Jaime, le dijo con voz fuerte y agitada: «¿Cómo, infante! ¿No os basta que vos seais la cabeza de la Union que aun os quereis señalar por concitador y amotinador del pueblo, y nos le alborotais? Yo os digo que lo haceis malvada y falsamente, y como gran traidor que sois; y lo entiendo de combatir por mi persona á la vuestra, y haré reconocer por vuestra boca, que esto que habeis intentado, se ha hecho desordenadamente y como no debía, para lo cual renunciaré la dignidad real, y os absolveré de la fidelidad que me sois obligado. Aterrados quedaron todos al oír de boca de su rey,

en un acto tan solemne, y dirigiéndose á un hermano, tan terribles y descompuestas palabras; los corazones de todos latian con violencia al calcular el funesto término que aquello podria tener, y esperaban con espanto la resolucion del infante. Este, pálido de cólera, pero con serenidad, se levantó y dirigiéndose al rey le dijo: «Mucho me duele, señor, oíros lo que decís, y que teniéndos en cuenta de padre me digais semejantes palabras, las cuales yo no sufriria decir á ninguno sino á vos. Luego vuelto á las córtes y á la gente que allí estaba exclamó ¡Ah pueblo cuitado! ¡En esto vereis como os vá, pues á mi se dicen tales denuestos que soy su hermano y su lugar-teniente general, cuánto mas se dirá á vosotros!» Un rumor sordo comenzaba á cundir por toda la curia, pero el rey gritó con fuerza: *Nadie hable mas palabra*. Entonces un caballero catalan que estaba al servicio del infante, llamado Guillem de Cacírrera, poniéndose de un salto junto á la puerta gritó desaforadamente: «Caballeros, ¿no hay alguno que ose responder por el infante mi señor, que es retado en vuestra presencia por traidor? A las armas, aragoneses.» Y salió precipitadamente de la iglesia.

Este grito de alarma dado dentro de la curia corrió como una chispa eléctrica por todos los ángulos de la ciudad, y á los pocos momentos todo era desórden y confusion. Por todas partes se oia repetir *á las armas*, todos estaban ya preparados para comenzar un sangriento combate, y Zaragoza hubiera sido teatro de incalculables y sangrientos horrores, si en las córtes no se hubiera atajado el mal. Pero allí por fortuna ese respeto y amor al soberano, que con tanta gloria de la nacion, ha sido siempre como el distintivo de los nobles pechos españoles, lo habia salvado todo. Los caballeros de su parcialidad y los de su córte fueron los primeros que desnudando sus espadas se agruparon alrededor del rey, á quien nadie hubiera podido llegar sin hacer antes centenares de víctimas, y sin romper el espeso muro de valor y de fidelidad que le defendia. Pero ninguno se habia tampoco movido para causarle la mas mínima ofensa, antes muchos de los comprometidos en la Union siguieron tan generoso ejemplo, y don Pedro salió de la iglesia escoltado por amigos y enemigos, y sin el mas leve contratiempo llegó á la Aljaferia.

Aunque este ruidoso incidente no resolvía de modo ninguno la cuestion, hizo sin embargo grande efecto en uno, y otro partido, y ambos conocieron que eran impotentes aun, para disputar por la fuerza el triunfo definitivo. Los de la Union vieron que su partido estaba minado, y que muchos caballeros se habian pasado al rey; y este que habia observado la serenidad del infante, la actitud amenazadora del pueblo, y la grave esposicion en que se habia encontrado, disimuló su enojo y rabia, y cedió por entonces. En efecto el 24 de octubre dió por disueltas las córtes convocando otras para Barcelona donde prometió que todo se arreglaria, y restituyó á don Jaime la gobernacion general del reino, y anuló y dió por de ningun valor la declaracion hecha en favor de su hija doña Constanza, dejando sin embargo salvo, su derecho, caso de morir sin hijo varon. Hecho esto, acompañado de don Bernardo de Cabrera y muy pocos sirvientes, salió ligeramente para Fraga, y por Lérida se dirigió á Barcelona, donde habia determinado celebrar sus bodas ya ajustadas con la infanta hija del rey de Portugal.

Algun tanto tranquilos quedaron los ánimos con la esperanza de que en las córtes de Barcelona acabaria de arre-

glarse todo pacíficamente, puesto que la mayor dificultad, que era la ley de sucesion, estaba ya anulada por el rey. No dejaron sin embargo las armas, ni abandonaron las intrigas porque temian que no les cumplierse la palabra, y no se equivocaban. Don Pedro en estas concesiones no se habia propuesto mas que salir del paso, para ganar prosélitos y tiempo, y en la primera ocasion anular por la fuerza lo que en Zaragoza concediera. Ademas otra desgracia vino á encornar de nuevo aquella llaga que comenzaba á cerrarse. El infante don Jaime, comenzó á sentirse malo, y aunque siguió á su hermano á Barcelona, para sostener sus derechos en aquellas córtés, llegó á aquella ciudad tan desfallecido, que antes de ocho dias murió victima del veneno que el rey le habia mandado dar. Pedro Tomich, afirma esta crueldad, y todos los historiadores la indican como muy probable, y la opinion entonces no lo puso en duda.

Al tiempo mismo que el desgraciado infante exhalaba el último aliento, desembarcaba en el puerto de Barcelona la futura esposa de don Pedro; y este celebraba al mismo tiempo las exequias fúnebres del infante su hermano y sus bodas. El pueblo sin embargo no hizo demostraciones públicas de regocijo por estas últimas. Vestia luto por el infante, y era mucho mas negro el que cubria sus corazones, que sentia ya rugir sobre sus cabezas la furiosa tempestad de males que iban á experimentar. ¡Cuánta calamidad puede acarrear el capricho de un monarca!

(Se concluirá.)

JOSE QUEVEDO.

EL MENESTRAL DE GERMUND.

LEYENDA ALEMANA.

La siguiente tradicion es muy popular en toda la Alemania, y no hay un músico, no hay un cantor, que no la escuche respetuoso, y no la transmita despues con orgullo. Esta leyenda se ha propagado en tales términos, que no hay un pueblo, una aldea que pueda ignorarla. Hé aquí como se espresa el narrador popular que la trasmite.

Habia en cierta ocasion una iglesia sin rival, una iglesia consagrada á Santa Cecilia, la celeste música; habiala edificado la comunidad de Germund; hoy no queda de ella mas que una piedra.

En esta iglesia, las flores de lis de plata esparcian sobre la cabeza de los santos una dulce luz; infinidad de rosas coronaban el altar, frescas y lozanas como el brillo de la aurora.

La santa tenia zapatos de oro puro y un vestido bordado de plata, pues se disfrutaba en Alemania las prosperidades de los buenos tiempos. El tiempo en que no solamente en la tierra de Alemania, sino mas allá de los mares, se admiraban las obras celestes de los artistas de Germund.

Y los peregrinos venian de los paises mas lejanos á visitar esta iglesia donde resonaban sin cesar los cantos piadosos y los sonidos del órgano solemne.

Un día llegó á este sitio un menestral, ¡Ay! le asediaba la miseria. Adelantóse con las megillas pálidas y el estómago vacío.

Se inclinó delante de la imagen y cantó su cancion; sus quejas llegaron hasta el corazón de aquella á quien imploraba.

Santa Cecilia se inclina sonriendo hácia el pobre músico y le dá su zapato de oro.

Embragado de alegría entra en casa del primer platero que halla á su paso y se burla de su miseria pasada trocando el zapato en buenos escudos.

Pero el platero reconoce el despojo de la santa, injuria al menestral y le conduce delante de un juez.

El proceso se instruye al instante y se termina: el robo aparece evidenciado, porque nadie cree lo que cuenta el menestral.

¡Desgraciado, desgraciado! ¡Profano menestral! ya has entonado tu último canto, y pronto tu cadáver se verá colgado en la horca. Ya suena la campana, nuncio del fúnebre convoy, y se vé al culpable que es conducido al patíbulo.

Resuenan los salmos de la penitencia; los monges y los religiosos murmuran sus preces lamentables, pero al traves de estas palabras funerarias, se oye también el sonido gozoso de un violon.

Era el último rezo del músico.—Pues que tantos otros deben cantar, dijo, dejadme cantar á mi también.

El convoy pasa por delante de la capilla de Santa Cecilia; se abre la puerta, y el violon dejó oír un doloroso gemido.

Entonces, aquellos que habian condenado al menestral tienen compasion de él, y mas de un concurrente suspira y dice: ¡Pobre cantor! y él esclama:—Permitidme aproximarme otra vez á la imagen.

El juez lo permite. El condenado entra, se arrodilla, repite su cancion; la santa se conmueve, se inclina, y sonriendo le da su segundo zapato de oro.

La multitud observa admirada, y todos los cristianos ven lo querido que es el cantor popular de los santos del cielo. Al punto caen las cadenas del prisionero; le dan vino, y le conducen cantando y bailando á la casa de ayuntamiento.

Se olvidan las angustias del día anterior. La gran casa de ayuntamiento está adornada como para una fiesta, y el menestral ocupa el sitio de honor en el banquete.

Pero cuando terminó la fiesta, coge el menestral sus zapatos de oro con la mano, y se va por la noche á cantar alegremente á otro pais.

Desde esta época el cantor mas pobre está seguro de ser bien acogido en Germund, y desde que llega se le saluda y se le manda bailar.

UN RECUERDO DEL SCHUPRA.

CAIRO (1).

Hace dos años visitaba en el Cairo el palacio de los vireyes de Egipto, la hermosa residencia de Schupra, que Mehemet-Ali ha convertido en un paraíso oriental. Mi guía era un artista armenio, que conocia el Cairo como si le hubiese

(1) Véase sobre el Cairo el artículo inserto en el tomo 8.º del Museo, pág. 218.

construido. Entramos en el *Schupra* por la gran calle de árboles que no tiene igual en el mundo, por cuya fresca sombra circulan todos los ociosos del Cairo; cabalgatas de oficiales, musulmanes seguidos de sus porta-pipas, mugeres y esclavas con largos velos, elegantes y dandys del cuartel franco, etc. Figuraos una legua de sicomoros y de ébanos gigantescos, que formaban una bóveda impenetrable á los rayos del sol, tantomas fresca, cuanto que á la derecha se descubren los abrasados arenales del desierto. Por la izquierda, el Nilo baña jardines inmensos, y esparce por el paseo el rojizo reflejo de sus aguas.

El palacio está situado en la margen del mismo rio, en frente de la llanura de Embabeh, que presenci6 la famosa derrota de los mamelucos. El pabellon 6 kiosco de la entrada, con sus galerías pintadas y doradas con profusion, nos hizo recordar las *Mil y una noches*; pajareras pobladas de aves de todos colores; baños que están siempre corriendo; salones de descanso adornados á la turca, y amueblados al gusto europeo, cuyo lujo desaparece ante la brillantez de las colgaduras, producen en el ánimo una agradable impresion difícil de describir.

Las pinturas me sorprendieron por su singularidad musulmana; representaban ventanas, puertas y cocinas. Según la regla del Coran, no se ve en ellas ningun ser animado, como no sea algunos animales fantásticos, como esfinges, dragones y delfines. El islamita que representase alguna criatura viviente, creeria que estaba condenado á cederla su alma en el tribunal del Profeta. Sin embargo, los sitios y combates navales de la campaña de Ibrahim en Grecia, figuran en los cuadros del *Schupra*. Perosobre los buques no hay un marino, ni en las fortalezas un soldado. Las balas y bombas se cruzan como por encanto. Diríase que eran grandes máquinas de madera y de piedra que se mueven por medio de resortes invisibles. Nada mas extraño y original que esos furrores de la guerra representados por una naturaleza muerta.

En la sala en que el bajá tiene su tribunal, observé esta inscripcion bastante asombrosa para Mehemet-Ali. *Setenta y dos horas de oracion, no equivalen á un cuarto de hora de clemencia.*

Miré á mi guia pensando en la matanza de los mamelucos, y le pregunté si el artista decorador habia querido formar un epigrama.

—Esa es una escena muy patética, me contestó ruborizándose. Puedo referiroslo porque conocí mucho á ese artista. Vino al Cairo siendo todavia jóven, y ya gozaba de grande reputacion como pintor. Empleado por Mehemet en el *Schupra* alquiló una bonita casa en la ciudad, y se estableció en ella con tres criados: mas al dia siguiente el propietario le despidió por sospechoso en sus costumbres. —No teneis mugeres, le dijo, y en vuestra edad os hacen falta media docena. Esta regla del Coran, quebrantó su fé musulmana: se mudó y consultó á uno de sus amigos. Dirigiéronle á un *wakil* (negociador 6 agente de matrimonios). Aquel hombre le condujo desde los harems hasta los mercados de esclavos, proponiéndole veinte esposas por dia, á 200 ó 300 reales por cabeza. Como las iba despreciando todas, el *wakil* se dió una palmada en la frente, como quien acaba de concebir una idea feliz y ventajosa.—Por Mahoma exclamó, ya sé lo que os conviene: es un criado turco, que se casará por vos cuantas veces querais, ante el santón, an-

te el cadí, ante el sacerdote copto, y ante el cónsul. Este intrépido casamentero, ejerce ese oficio ya hace cuatro años con los ingleses, obligados como vos á conformarse con nuestros usos: no lleva por cada matrimonio mas que unos cinco duros. Ya veis que eso no es nada: decid una sola palabra, y al instante os le traigo y podreis volver á vuestra hermosa casa. El pintor al ver aquellos cuadros que deshonoraban su religion, estuvo tentado por pisar su turbante. Estaba decidido á permanecer célibe y á mudar de habitacion todos los dias, cuando encontró un asilo en casa de una familia cristiana. Allí habia una esposa encantadora, que le reveló la nobleza y las dulzuras del verdadero matrimonio, y junto á ella una hermana, mucho mas hechicera todavia, que pintaba tan bien 6 mejor que él, y que acabó de desimpresionarle acerca del Coran. Un mes despues el artista entregaba á la hermosa cristiana el anillo nupcial, en la iglesia de los franciscanos. El artista habia abjurado el islamismo, y él y su muger, no tenían de musulmanes mas que el gorro turco con su borla y adornos de seda. Desgraciadamente, los secretos se descubren en el Cairo como en cualquiera otra parte. La abjuracion del pintor llegó á oidos de Mehemet, que le mandó espulsar de su palacio de verano, y encerrarle en la oscura cárcel de los renegados. Al momento le afeitaron la cabeza no dejándole mas que un mechón de pelo, para poderla agarrar y enseñársela al pueblo, el dia que se la cortasen. Aquel dia indudablemente no hubiera tardado mucho, si el dios á que habia invocado no hubiese sido mas poderoso que el Profeta.

Al siguiente dia de su prision, se presentó al virey un jóven artista para continuar la obra interrumpida. Tenia tan poca barba, que le tomaron por un niño, pero hizo unas pruebas tan buenas que le confiaron el adorno de la sala. Sobrepujó á su antecesor, y llegó á ser el favorito del bajá: este nada tenia que reprenderle, sino que dejaba el trabajo al medio dia. Pues bien, desde aquella hora, Mehemet no podia salir sin ver caer á sus pies una muger anegada en llanto que le decia,—perdon para el renegado.... Tan repetidas súplicas acabaron de ablandarle, y contestaba á la muger: Consultaré al Profeta en mis oraciones. Por último aplazó la ejecucion del preso hasta el dia en que su sucesor concluyese la obra. ¡Oh prodigio!.... este último trabajaba desde entonces mientras el sol estaba en el horizonte, y en dos semanas concluyó todos los trabajos de adorno del *Schupra*. El virey encantado le preguntó al punto qué recompensa pedia.—El perdon del renegado, exclamó el pintor hincándose de rodillas. Y en aquella actitud, en aquella voz suplicante, bajo el disfraz que habia engañado á todo el mundo, el bajá reconoció á la muger que tantas veces le habia procurado mover á compasion, á la esposa cristiana del artista preso.... Al mismo tiempo le enseñó la inscripcion de su pincel, que ahora estamos leyendo con asombro: *Setenta y dos horas de oracion, no equivalen á un cuarto de hora de clemencia.*

Mehemet, vencido, levantó á la her6ica muger y la envi6 á buscar á su marido á la cárcel....

Y hélos aqui á vuestra presencia, dijo una señora del cuartel franco, que apartando su velo se reunió con nosotros en aquel mismo instante.

Mi guia, sin descubrirse, me habia referido su propia historia.

Estreché con efusion la mano de aquel hombre de corazon y de talento, y continué examinando sus obras y las de su muger, esplicadas por ellos mismos á mi justa admiracion.

Su obra maestra es sin contradiccion el pabellon copiado en el grabado que acompaña. Los califas de las *Mil y una noches* no han tenido nunca una mansion tan deliciosa. Juzgad por vuestros propios ojos del efecto aéreo, encantado, sorprendente, de esa tienda con arabescos bizantinos, de esas columnatas que sirven como de marcos á cuantos paisajes puede abrazar la vista: de ese encadenamiento de minaretes turcos, de frontones griegos, fuentes con saltadores, estanques diáfanos, canales surcados por doradas góndolas, de esos follages radiantes de luz, de esos naranjos y limoneros, que reflejan en las puras aguas del Nilo tranquilas y como adormecidas á sus pies. Agregad á todo eso las colgaduras de oro y seda que ondean entre las guirnaldas de hojas y flores. Mirad, en vuestra imaginacion, en una hermosa noche, al indolente harem del virey, atravesar esas calles de limoneros cortados en forma de ruecas y otras figuras, y brillantes como la mas trasparente es-

meralda: seguid á esa multitud deslumbradora con sus adornos hasta el inmenso baño de mármol blanco que llenan sin cesar las bocas de los cocodrilos de la elevada fuente....

¿Qué es ese ruido semejante al de una bandada de aves acuáticas que se zambullen en las ondas? Las odaliscas que se introducen con sus vestidos de seda en el espacioso estanque del pabellon.

¿Y ese otro murmullo que se pierde en el canal embalsamado de perfumes? Es la dorada góndola del bajá conducida por veinte mugeres, armadas con largos remos pintados con los colores del pabellon real.

Inútil nos parece decir que en esta hora misteriosa, el palacio de Schupra permanece cerrado para todo el mundo; pero lo que todos pueden ver y saborear durante el dia, son las maravillas orientales que hemos descrito, los jardines sin rivales que rodean la hermosa residencia, y en que las flores y manzanas de oro se multiplican hasta tal punto, que parecen las gotas de una abundante lluvia, y que la Europa entera tiene quizá menos rosas que los parterres de Mehemet-Ali, y de su nieto Abbas-Bajá.



Fuente y quiosco del palacio del Cairo.

ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista de la calle de Santa Ursula en la Valette, (isla de Malta). Véase el artículo de la *Isla de Malta*, publicado en el tomo IV del MUSEO, página 217.

ESTUDIOS LITERARIOS.

UN ANGEL.

(Conclusion.)

—Pero Concha....

—Concha es una jóven á quien apenas conoceis; y solo porque os agrada, os dejais arrastrar de vuestra loca imaginacion y la convertís en un tesoro de perfecciones, que no existe en el mundo:

—¡Ah! Si la hubieseis tratado con la intimidad que yo en estos quince dias!....

—Bien, basta.... ¿Qué me importa que sea linda ó fea, buena ó mala, que os parezca un ángel ó un demonio?... Tengo que dictaros algunas cartas, sentaos á escribir.

El pobre secretario, acostumbrado á semejantes salidas, sentóse tranquilamente, arregló el papel, cortó una pluma y aguardó. El conde en tanto se paseaba de una pared á otra. La puerta del gabinete habia quedado entreabierta, y las primeras vibraciones de una voz fresca y armónica vinieron á herir sus oídos. Concha, creyéndole encerrado en su gabinete, se habia sentado al piano y preludiaba un aria de Bethöeven. Rivera escuchaba con visible interes y maldecia en su interior la intemperada llegada de don Juan. Al cabo de un largo rato, cansado de esperar, volvió el rostro para decirle que estaba á sus órdenes.... creíale absorbido en alguna de sus distracciones habituales.... pero se encontró solo en el gabinete....

Hé aquí lo que habia sucedido.

El conde era en extremo apasionado á la música y al canto, aunque muy poco diestro en ellos. Le producian un efecto singular, y desterrando las negras ideas que le dominaban, vertian la paz y el consuelo en su corazon. Al escuchar los primeros fugitivos acentos de la voz de Concha, se olvidó de su secretario y de lo que iba á dictarle, salió y se encaminó á la sala. Llegó de puntillas hasta la puerta, y permaneció apoyado contra la pared, inmóvil y suspenso de aquella voz angelical. Poco despues un observador indiferente, habria notado el cambio que se verificaba en su fisonomía, hasta el punto de empañarse su mirada, y desprenderse dos gruesas lágrimas de sus párpados.

Cuando la jóven terminó su canto, permaneció un instante pensativa; volvió luego la cabeza, y al ver al conde, soltó un ¡ah! de sorpresa, que aunque comprimido, llegó á oídos de don Juan.

—Os ruego que continuéis, Conchita, le dijo este muy conmovido y con un acento suplicante y afectuoso que no parecia el suyo.

Concha habia sorprendido las dos lágrimas reveladoras: un sentimiento inefable de piedad y ternura inundó su alma, y conoció que ya el conde no la inspiraba miedo.

Don Juan se fué aproximando con cierta timidez, y sentóse en una silla en un extremo del piano.

La jóven recordó el aria mas sentimental y tierna que sabia, y volvió á empezar su canto.... Tal vez nunca logró interpretarla con mas acierto é inspiracion. El conde la escuchaba embelesado, y no se atrevia á respirar por miedo de perder una sola nota; y no obstante, cuando la concluyó, sus lábios no se abrieron para tributar el menor elogio

á la inspirada cantora; pero esta leyó su triunfo en la dulce delectacion que bañaba su semblante.

—¿Os agrada la música?... le dijo ella no sin algun embarazo, conociendo que don Juan anhelaba que le dirigiese la palabra.

—Mucho.... cuando se toca y se canta como vos.

—En ese caso, repuso Concha animándose mas y mas con la amabilidad y desusada galanteria de su interlocutor; en ese caso, siempre que esteis triste mandadme que os cante algo.

—No.... porque entonces no tendríais un momento de reposo.

—¿Siempre estais triste?

—¡Siempre!

—Pues bien, añadió ella sonriéndose, cantaré siempre: asi como asi, yo soy como los pájaros, que nada tengo que hacer.... Consideraríame feliz si mi escasa habilidad bastase para haceros olvidar vuestros pesares....

—¿Quién os ha dicho que yo tengo pesares?

—Nadie, yo lo he adivinado.... ¿Creeis que en la mirada y hasta en la sonrisa del que sufre, no hay algo que traiciona su dolor?... Los que han sido desgraciados adivinan fácilmente esa clase de secretos.

—Acaso os engañeis, contestó el conde que procuraba recobrar su frialdad habitual, pero que á pesar suyo, se sentia arrastrado á la confianza al lado de aquella criatura angelical. Ademas, añadió; vos no habeis podido juzgarme sino por las apariencias, y me creereis adusto, caprichoso, intolerante....

—Si, señor, exclamó Concha resueltamente, conociendo con ese admirable instinto de las mugeres, que empezaba á ejercer alguna influencia sobre el conde, y que se alegraba de ello esperando que redundase en beneficio de su generoso protector: si, señor, al principio os creí duro, regañon, atrabiliario, extravagante.... perdonad mi franqueza. Tal vez os ofendo....

—No, no, decidmelo todo.

—Luego he reflexionado, y he acabado por persuadirme que esos defectos no podian conciliarse con vuestra conducta. Verdad es que en ocasiones gastais un lenguaje poco benévolo: pero tambien es cierto que no lo haceis, sino despues de haber colmado de beneficios á los que tratais de ese modo. Por consiguiente, existe en vuestro corazon un primitivo impulso noble y generoso; y vuestra aspereza es solo hija de las impresiones del momento, y del mal humor que os domina entonces.

El conde la contemplaba sorprendido.

—Y de ahí habeis deducido que era desgraciado, exclamó despues de una ligera pausa.

—Si.... y hubiera dado cualquier cosa por encontrar un medio de consolaros.... á vos, que habeis puesto á cubierto de la miseria y el dolor á mi madre.... á vos que nos habeis tendido una mano salvadora en medio de la desgracia, y á quien yo bendecía mas por lo que habeis hecho por ella que por mí.

—¿Hablais con sinceridad, señorita?... ¿Hay en el mundo corazones leales para quienes la gratitud no es una palabra vacía de sentido, y los afectos puros una farsa ejecutada con mas ó menos habilidad?

—Don Juan.... solo con pensarlo nos ofendeis.... Creed que no todos son interesados y egoistas, creed que hay en



la tierra almas reconocidas capaces de amar y sacrificarse por sus bienhechores.

—¿Y si os dijese que nunca he encontrado un afecto verdadero?

—Será porque... porque....

—¿Por qué?

—Porque no habeis querido ó sabido buscarlo.

Sonrióse el conde involuntariamente á esta cándida respuesta, que revelaba la inocencia y buena fé de la que tal decía.

—¡Le he deseado con empeño, con locura, y le he buscado siempre en vano!

—Si, lo habeis buscado por algun tiempo. ... luego desalentado por los primeros desengaños habeis cerrado vuestro corazon á los que se os acercaban. Habeis ahogado en su origen los impulsos de su reconocimiento, diciéndoles: nada me agradezcáis, me enfada vuestra gratitud, la considero como una adulacion.... Asi habeis herido su amor propio; así los habeis obligado á ser ingratos, porque el beneficio es una deuda muy molesta, señor, cuando se niega y se quita al favorecido el derecho y el placer de satisfacerla.

—Acaso tengais razon.... y si hubiese antes encontrado alguien que me hablase con tanta ingenuidad y buen juicio, tal vez....

—Todavía es tiempo, meditaad sobre lo que os he dicho, y vuestro noble corazon hará el resto. Permitid que los que os deben su felicidad os den continuas pruebas de su aprecio y cariño. Dejadles que os vean risueño y contento participar de su alegría. Gozaos con ellos en vuestra obra: y cuando os sintais acometido de esa mortal desconfianza que os abruma, cuando sucumbais bajo el peso de la tristeza, mandadme llamar y decidme que toque ó cante alguna cosa. Eso os ha sido hoy grato y provechoso, y....

—En efecto, dijo el conde, cuya fisonomía se habia animado y perdido el aspecto sombrío que no ha mucho la desfiguraba; en efecto, no sé que magia tiene vuestra voz, el entusiasmo con que os espresais, y el virginal candor de vuestras ilusiones, que casi me siento rejuvenecido á vuestro lado. No sé si....

—¿Qué importa el motivo si el resultado es bueno?

—Por desgracia no siempre estareis cerca de mí.

—Siempre no.... pero á menudo.

Aquí llegaban de su discurso, cuando oyeron la voz de a señora de Albarellos que llamaba á su hija.

—Me llaman, dijo esta prestando el oído, adios. Luego ó mañana seguiremos nuestra interrumpida conversacion ¿no es verdad, señor conde?

—Con mil amores, repitió este muy conmovido; empiezo á creer que acabareis por curarme radicalmente de muchas preocupaciones.

Don Juan siguió con los ojos á la encantadora niña, y cuando la perdió de vista, corrió tras ella con ánimo de seguirla; pero varió al punto de resolucion y se encaminó al jardin. Estaba pensativo y caminaba con suma lentitud, y en todo pensaba menos en las cartas que tenia que escribir y en el pobre secretario que continuaba esperándole en el gabinete.

No sabemos que ideas le asaltarían durante su paseo; pero ello es que al volver tenia un humor detestable, y prestando que Rivera debia estar cansado de aguardarle, le

ordenó que le dejase solo. En seguida volvió dos ó tres veces á la sala, y no encontró á Concha; bajó de nuevo al jardin y tampoco pudo verla, pasó intencionalmente por delante de sus habitaciones y no fué mas feliz. Su mal humor subió de punto; y se sentó á la mesa en compañía del secretario que habia vuelto á recobrar tan honroso puesto, mas tétrico y sombrío que nunca. El pobre jóven suspiró al recordar la franca cordialidad y alegría que reinaba en la mesa de sus amables vecinas y en los dulces momentos que habia pasado con ellas á esa hora, durante la ausencia de don Juan; y no bien concluyeron se apresuró á ir á verlas ansioso de desquitarse de la especie de silencio forzoso á que se habia visto condenado por espacio de tres horas.

El conde se encerró en su gabinete y se puso á escribir; pero á los pocos minutos arrojó la pluma con ira, al notar que la preocupacion de su espiritu no le permitia coordinar dos ideas. Una sonrisa sarcástica resbaló por sus delgados lábios, y poniéndose en pie, exclamó:

—¡Por Cristo crucificado que soy un tonto y tonto de capirote!.... He caido en la trampa como un imbécil.... Doña Clara habrá aleccionado á su hija.... y viendo el efecto que ha producido, la habrá mandado que no salga de su cuarto.... sin duda con el objeto de ilusionarme mas.... La buena señora se habrá figurado que su hija es capaz de inspirarme una gran pasion y que los obstáculos hábilmente preparados podrán cegarme hasta el extremo de que la ofrezca mi mano y mi fortuna.... ¡Necio de mí!.... ¡que deslumbrado por su aparente inocencia y candor me olvidaba de que en este mundo todo es farsa, decepcion y mentira!.... ¡El interés, ó mejor dicho, el egoismo es el único móvil de la humanidad!....

IV.

Por espacio de tres dias no salió el conde de sus habitaciones, ni llamó á Rivera, que solo le vió á la hora de comer, tan sombrío y taciturno como de costumbre. En la mañana del cuarto dia, cansado de esta voluntaria reclusion, bajó á dar una vuelta por el jardin, teniendo la satisfaccion ó el disgusto de encontrarse con Concha á los pocos minutos.

Aquella sonrisa llena de hiel y sarcasmo de que hemos hablado varias veces, asomó en sus labios, al notar que ella se detenía y le esperaba.

—¿Segun veo—la dijo—ya no os inspiro miedo, eh?

—Felizmente no, desde que os conozco, respondió la jóven con la ingenuidad que la era peculiar: y tan cierto es, que tan lejos de huir de vos, don Juan, os aguardaba hace rato.

—¡Hola! ¿Con que me aguardabais?

—Si; habiendo permanecido encerrado como un anacoreta durante tres dias, natural era que la necesidad de ejercicio ó el fastidio os trajesen aquí.

—Es cierto, repitió el conde, cediendo ya sin advertirlo á la dulce fascinacion que la travesura é infantil candidez de aquella criatura ejercian sobre él.

—Primero me imaginé que estaríais enfermo y pregunté por vos á don José María....

—¡Ah! ¿os habeis informado del estado de mi salud?

—¿Os sorprende eso?... ¿y por qué?... mamá á quien referí nuestra conversacion del otro dia, y el placer que tuve al notar que mi canto y mis impertinencias os habian dis-

traído por un instante, me dijo llena de contento «sé para nuestro bienhechor una hija tierna y agradecida, quiérela como querías á tu padre, y quizá en vista de nuestro proceder, se desengañe y abra su corazón á la confianza y á la felicidad.» Esto me dijo mamá, y yo, señor conde, para poner en planta sus consejos, por tres días consecutivos he bajado á buscarlos al jardín á esta misma hora, ansiosa de saber si... mi buen juicio, como decís vos, y mis cantos, harían asomar otra vez la sonrisa á vuestros labios. Pero no queríais salir, y....

—¡Estaba triste, muy triste! murmuró el conde enternecido.

Sus injustas prevenciones, sus ruines sospechas se desvanecían ante el candor y la sinceridad con que le hablaba Concha.

—¿Triste y encerrado?... ¿En qué pensábais, don Juan?... ¿por qué no me habeis llamado?

—¿Me habría atrevido? ...

—¿Por qué no?... mamá no tiene nada que hacer por las tardes; nada nos costaba reunirnos después de comer, y pasar juntos la velada. Jugáramos al carté; don José María que es un excelente músico, cantaría conmigo...

—¿Mi secretario, eh? repitió don Juan con frialdad; ¿cantáis mucho con él?...

—Durante vuestra ausencia, sí; pero desde vuestra llegada, no sé por qué, no hemos vuelto á cantar.... y cuando digo no sé por qué, es porque.... ¡pero.... no quiero! decirlo.

—¡Oh! ¡decídmelo! replicó el conde con viveza; vos sola tenéis derecho para decirme cuanto se os venga á la boca... Me deleito en escucharos, porque os creo sincera, franca...

—Todavía no he aprendido á mentir.

—Hablad pues.

—Se me ha metido en la cabeza que estais atacado de esa perversa enfermedad que los ingleses llaman *spleen*, y he creído que acaso yo, joven inesperta, cuya franqueza y despropósitos os divierten tanto, conseguiría tal vez curaros, y lo que es más, obligaros á creer en la virtud y en todos los nobles instintos del corazón humano.

—Algo difícilillo lo veo.

—He formado mi plan, y en estos tres días no he pensado más que en su realización.

—Y... ¿sereis bastante generosa para descubrirme antes que lo lleveis á cabo?... dijo el conde ofreciéndola el brazo y admirando el talle esbelto, el cuello de cisne y los sedosos y relucientes cabellos que oscilaban en torno de su espalda alabastrina.

—No tengo ningún inconveniente.... y lo haré con tanto más gusto cuanto así nunca podreis quejaros de que os he cogido desprevenido. Escuchadme con atención.

—Todo me vuelvo oídos.

—En primer lugar, la causa principal de vuestra enfermedad dimana del fastidio. Nadie más infeliz que los ricos desde que no tienen nada que hacer.... más que fastidiarse. Para atacar de frente este mal, quiero que todo se anime y revista un aire risueño á vuestro alrededor. En consecuencia, he dado mis órdenes para que los chiquillos del jardinero, á quienes no se permite jugar en el patio, por temor de que os molesten, brinquen y salten á su sabor cuando lo tengan por conveniente. Nada distrae, nada conmueve ni dilata el alma tanto como la alegría de los niños. Por la mañana iremos á dar un largo paseo en com-

pañía de mamá y Rivera: por la noche os leeremos los periódicos y folletos que recibís de Madrid, y que dejáis aquí cuando os marcháis sin haberles roto la faja siquiera. El ajedrez, la música, el canto....

—¡Magnífico programa! exclamó don Juan entusiasmado.

—Que confío realizar en todas sus partes—prosiguió Concha—y que de seguro aprobareis.

El acento y la mirada de la encantadora niña, habían producido un efecto mágico en el conde. Su bello semblante animado por la esperanza del triunfo, resplandecía como ceñido de una aureola divina.

—Sí, sí, repitió don Juan embelesado, seguiré vuestros consejos.... vos sois *mi ángel* custodio. Ensayaré este nuevo género de vida bajo el influjo de las inspiraciones que me deis. Disponed, mandad.... todos en esta casa, empezando por mí, son desde hoy vuestros esclavos. Pasaremos aquí el resto del verano, el otoño, el invierno.

—¡Ojalá!

—¿Quién puede impedirlo?

—Un negocio imprescindible que reclama nuestra presencia en la corte, según me ha dicho vuestro secretario.

—No iré y santas pascuas.

—¿Y el negocio?

—Que se lo lleve el diablo.

—Mejor, porque tengo noticias que siempre volveis de la corte con un humor fatal. Mamá, por otra parte, asegura que hay aquí muchas reformas y mejoras que realizar.—Ella someterá á vuestro juicio sus ideas, las discutireis, dispondreis los trabajos, tomareis empeño en verlos terminados, y de ese modo ocupareis con provecho á muchos artesanos y labradores del distrito, os proporcionareis una distracción honesta y útil, y nosotros tendremos la satisfacción de tomar una parte más ó menos activa en vuestras ocupaciones diarias.

—Teneis razón una y mil veces, mi linda consejera; en adelante haré todo lo que me digais.

—Entonces ya estais curado.

—Todavía no.... si supiéseis cuanto he sufrido.

—¡Bah!.... si lo supiese es indudable que me sería más fácil curaros.

—¿No os reíreis de la escasa susceptibilidad de un corazón demasiado amante? ¿No me creereis víctima de locas y vituperables exigencias?....

—Os diré como siempre mi opinión sin rodeos.... y solo os pido que me habléis con la misma franqueza.

—Ya que lo exigis.... escuchad.

—Escucho.

—La muerte prematura de mi madre fué el primer dolor cuya influencia fatal acibaró mi vida.

—En efecto, ¡es una gran desgracia!

—Yo era un niño.... tenía apenas siete años, y no obstante, comprendí el tesoro que perdía, y mi dolor fué tan intenso y duradero que, como os he dicho, influyó poderosamente en el resto de mi vida. Dotado de una sensibilidad exquisita, y acostumbrado á las caricias de mi madre que me amaba con delirio, necesitaba un cariño igual al suyo. Desgraciadamente mi padre no me amaba.... joven y entregado completamente á sus ideas de ambición, no tenía tiempo para pensar en mí. Volvió á casarse y me cupo en suerte por madrastra á una coqueta, á quien mi presencia importunaba. Me cobró aversión, tuvo hijos y les enseñó á

que me aborreciesen, solo por que la mayor parte de la fortuna de mi padre me pertenecía. Asi pasé los años de mi niñez y los primeros de mi juventud, viviendo como un extraño, peor que un extraño, en mi propia casa. ¡Ah! nunca podreis comprender cuánto sufrí entonces.

—Lo comprendo, dijo Concha profundamente afectada, y me habria muerto de tristeza en vuestro lugar.

—Me volví taciturno, sombrío, desconfiado, y entré en el mundo con el corazon gangrenado por el precoz hastío del desencanto del hogar doméstico. Ahora creo que, en realidad, mis extravagancias y el desapego de que hacia alarde alejaron de mí á algunos que hubieran querido amarme. No tuve amigos. Hice algun bien para aliviar mi corazon, y mi buena estrella quiso que tropezase con ingratos que se alababan á espaldas mías de los favores que debian á mi carácter singular é incomprensible, ó lo que viene á ser lo mismo, á mi necedad. Por último, me enamoré de una jóven....

—¡Ah! exclamó Concha contemplando al narrador con doble interés y curiosidad.

—Bella, encantadora, noble, rica.... todo se reunia en ella para decidirme á ofrecerla mi mano... pero yo despreciaba al mundo, en el cual solo habia encontrado egoismo y decepciones, y á los veinte y cinco años era un misántropo peor que ahora. Obtenido el consentimiento de mi amada para pedirle á sus padres, la manifesté mi resolucion de vivir únicamente con ella y para ella, lejos de la sociedad, lejos de los indiferentes, lejos de esa eterna farsa nauseabunda que se llama mundo, en este bello y poético albergue.... Al oír esto, manifestándose muy sorprendida de mi extravagante modo de pensar, me dió á entender que mi proyecto la desagradaba altamente.—Esa vida, me dijo, es muy buena para quince dias, é insoportable trascurrido ese plazo. Me alegro que me hayais hablado con franqueza; todavia estamos á tiempo para retroceder... los dos seriamos desgraciados.—Respondila que los lazos que nos unian se habian roto para siempre; salí de su casa y no volví á poner mas los pies en ella.

—Hicisteis bien.

—¡Terrible fué aquel golpe para mi corazon! perdí la última ilusion que me quedaba, la de conquistar por el amor el aprecio y el cariño de un ser que me amase con un afecto puro y desinteresado; y desde ese momento me creí maldito del cielo y condenado á vivir y morir solo y abandonado á mi destino. Mi carácter se volvió mas y mas selvático cada dia; pronto degeneró en despótico é insultante. Veia temblar á todos á mi alrededor, y á veces gozaba en ello como si me vengase de la sociedad; á veces lo sentia y procuraba enmendar mi falta con un beneficio ó una demostracion de aprecio.

—Estoy cierta que la mayor parte de las veces y acaso siempre, sufririais en vez de gozar. Pues bien, en el nuevo género de vida que os he trazado, hareis lo posible porque todos os amen y nadie os tema. La tristeza y la desconfianza os abandonarán, no bien les falte su principal apoyo, vuestro mal humor, vuestro detestable spleen.

—¡Ah! si os escuchase siempre, creo que me curaria radicalmente.

—Dios mediante asi ha de suceder.... A propósito, aqui vienen mamá y don José María que van á quedarse estupefactos cuando os vean sonreír.

Y notando la traviesa niña que, á pesar de su invitacion, el conde permanecía impassible, añadió:

—¿Qué es eso?... ¿ya estais otra vez sério? vamos, sonreios siquiera por galanteria.

—Bien sabeis, mi hechicera directora, contestó él pasando la mano por la frente, que despues de la tormenta no siempre el Iris asoma en el cielo.

—Es verdad.... paciencia.... será en otra ocasion.... si el tiempo lo permite.

Sonrióse el conde bien á su pesar y se encaminó con ella al encuentro de doña Clara y el secretario. Una vez juntos, don Juan, ansioso de ejecutar cuanto antes lo que habia prometido, los llevó hácia un vallado por el cual debian empezar las reformas y mejoras indicadas por la señora de Albarellos. Esta poseia una instruccion vasta, un juicio recto é indisputable gusto.... Don Juan quedó encantado de su conversacion, y combatió algunos de sus proyectos, solo por tener el gusto de escuchar su defensa y las interrupciones de Concha, cuyos bellos ojos chispeaban de placer al mirarle tan animado y dócil á sus consejos....

V.

El paseo y la discusion duraron hasta la hora de la comida, de modo que don Juan, que hacia mucho tiempo no disfrutaba momentos tan gratos, deseando prolongar su ventura, rogó á sus protegidas que le acompañasen á comer. Accedieron ellas, y en todo el tiempo que duró la comida, continuaron hablando con la misma animacion y jovialidad. Luego bajaron á la sala: el conde se arrellanó en un sillón. Concha pidió los periódicos de Madrid que habian traído por la mañana, les rompió la faja, y reclamando silencio del auditorio, con su voz fresca y argentina se puso á leer las gaceticillas de la capital. Su manera de acentuar ciertas palabras y las picarescas reflexiones que intercalaba entre gaceticilla y gaceticilla, hicieron asomar la risa mas de una vez á los labios del misántropo. Despues tocó el piano y cantó, y con sus tiernas, angélicas melodías, arrancó á los ojos de don Juan algunas de esas dulces lágrimas, que al desprenderse del corazon lo dilatan y consuelan, cual bálsamo vivificante que seca y destruye sus mas recónditas llagas.

Durante un mes nada vino á turbar la envidiable armonía que reinaba entre los habitantes de la quinta. Los criados, sorprendidos del cambio extraordinario verificado en los modales y en los hábitos de su amo, y conociendo que lo debian á Concha, la llamaban *el ángel tutelar*. Estaba llena la quinta de obreros y labradores; el conde dirigia sus trabajos, y ella en la ausencia de doña Clara, se encargaba de hacer ejecutar sus órdenes. Un dia dispuso uno de los trabajos anticipándose á los deseos del conde, y como este la manifestase luego su aprobacion;—¡cuanto me alegro contestó ella, porque en verdad, á haberos desagradado, el mal era irremediable. La cosa estaba hecha, cuando recordé que no os la habia consultado.

—¿Para qué? añadió con afabilidad don Juan: Los ángeles tienen el don de adivinar á los pobres mortales.... Ya sabeis que aqui os llaman *el ángel tutelar*.

—¡Oh! ¡si yo fuese ángel!.... replicó ella moviendo la cabeza con un aire entre risueño y grave.

—¿Qué hariais?

—¡Mucho!

—¿Hay algo en el mundo que deseais con empeño, y no os es dado alcanzar? preguntó él con recelosa inquietud.

—No, repuso la joven, procurando disfrazar tras una vaga y melancólica sonrisa, algun vehemente deseo escondido en el fondo de su alma: mi madre es dichosa; vos, señor conde, desde que seguís este nuevo método de vida, también parecéis dichoso.... ¿Qué mas podría desear?

—Para nosotros no, para vos.... insistió el conde titubeando.

—¿Para mí? dijo Concha abandonándose otra vez á su alegría; ¿por ventura la doble felicidad de mi madre y la vuestra no es también la mía?

Sin embargo, de vez en cuando, el dardo de una sospecha hería el corazón de don Juan, y era, fuerza es decirlo, siempre que veía á Rivera muy asiduo al lado de Concha. Sin poderlo remediar y sin atinar á explicarse la causa, sentía una impresión profunda y desgarradora, aunque momentánea, porque una mirada, una sonrisa, una palabra afectuosa de su *ángel tutelar*, disipaban aquella sospecha y devolvían la paz á su corazón.

Una mañana entró el secretario en el despacho del conde, y viéndole ocupado en escribir, se detuvo en el umbral.

—Sois vos, Rivera, le dijo don Juan con agasajo; acercaos, porque tengo ciertas ideas que necesito consultar con alguno.... con algun amigo.

—Gracias, mil gracias por ese honroso título que me dáis, por vez primera, y que sé cuanto vale en vuestros labios.... Héme aquí á vuestras órdenes... y para corresponder dignamente á vuestra confianza, yo os comunicaré á mi vez cierto proyecto.

—Podeis empezar—dijo el conde soltando la pluma é indicándole con la mano que se sentase á su lado.

—No, primero vos.

—Debeis hablar primero por dos razones: la primera porque mi edad me permite escucharos con paciencia hasta que tengais por conveniente concluir; la segunda....

—Pues señor.... al hecho.... y seré breve ya que detestais los circunloquios. Estoy perdidamente enamorado de la señorita de Albarellos, y quisiera que tuviérais la bondad de pedir su mano para mí á su madre.

Empalideció el conde, volvió la cabeza y cerró los ojos como asaltado de un vértigo que le quitase la facultad de pensar; y no sin un violento esfuerzo consiguió sobreponerse á su profunda emoción, y preguntar con estudiada indiferencia á su secretario:

—Y.... la señorita de Albarellos.... ¿os ama?

—No lo sé aun, contestó él aturdido: pero como soy el único joven que hay aquí, me parece....

—Es claro... á no ser de vos ¿de quién diablos habia de enamorarse aquí?... añadió con voz breve y sarcástica don Juan. Con todo, es preciso preguntárselo.

—No me atrevo... ¡Si vos fuérais bastante bueno para hacerlo por mí!...

—¡Yol.... En buen hora. Id vos mismo y suplicad de mi parte á doña Clara y su hija que vengán. No tardeis.

Rivera, aunque algo desconcertado con la frialdad y el tono áspero del conde, se apresuró á dar cumplimiento á su orden, y algunos minutos despues se encontraban Concha y su madre en la presencia de don Juan.

—Señora, dijo este dirigiéndose á la segunda con el as-

pecto sombrío y el acento brusco que gastaba en otro tiempo; mi secretario don José María Rivera que acaba de salir de aquí, ha venido á suplicarme que os pida en su nombre la mano de vuestra hija.

—¿El señor Rivera! repitió doña Clara con inequívocas señales de satisfacción.

Concha se habia estremecido, y tenia fijos sus ojos en los del conde, que no la miraba.

—El mismo, señora, contestó secamente don Juan. Decidme si le quereis por yerno ó no.

—Señor conde.... tiempo ha que adiviné ese amor... La vista de una madre es muy perspicaz cuando se trata de la felicidad de sus hijos; no obstante, una pregunta semejante... hecha de repente... sin estar preparadas....

—Detesto los rodeos, señora, y soy muy torpe para envolver una idea en cien palabras inútiles... Nadie mejor que vos debe saber si le conviene ó no aceptar.

—Pues bien... en ese caso... ¿El señor Rivera sabe que mi hija nada tiene ni espera?

—Se lo he dicho... tampoco él tiene nada; pero eso no os dé cuidado... yo me encargo de su porvenir. Vamos, resolvéis.

No sabiendo á qué atribuir el cambio repentino que se habia verificado en el conde, doña Clara avergonzada y confusa, dijo á media voz:

—Don José María es un excelente joven, al que aprecio y quiero, no solo por su talento y apreciables cualidades...

—¿Es decir que aceptais?

—Si señor, si mi hija acepta. A ella le toca hablar.

Sonrióse la buena madre con malicia, porque estaba persuadida de que Rivera era amado, y que Concha esperaba impaciente el instante de rectificar con su consentimiento el suyo. El conde lo habia comprendido, y volviéndose de pronto clavó en ella una de aquellas miradas glaciales y desdeñosas, que tanto la habian afectado el día de su llegada á la quinta. ¿Contestais hoy ó mañana, señorita? la preguntó con el mas profundo desden.

—Señor conde, no acepto... dijo Concha con voz firme y resuelta.

—Estremeciéndose don Juan á su vez, mientras llena de sorpresa doña Clara y casi con enojo, al ver á su hija rehusar este enlace que era su dorado ensueño hacia dos meses, la apostrofaba en estos términos:

—Rehusas ¿y por qué? ¿no me has repetido un millon de veces que admirabas el carácter franco y leal del señor Rivera, su talento, el cariño y respeto que profesa á su anciana madre, sus nobles sentimientos y desinterés?....

—¿Y con tales cualidades... rehusais su mano?... murmuró el conde perplejo.

—Si, respondiéndole ella con voz que se iba debilitando por grados; si... le aprecio, le estimo, le quiero como á un amigo, como á un hermano... no como á amante, no como al hombre á quien debe consagrar una su vida entera... el afecto que le profeso yo no sé definirlo... pero no me basta para unirme á él con eternos lazos, porque, sabedlo, no le amo... ni le amaré nunca!

Vencida por la violencia de su emoción, la pobre niña arrojóse en brazos de su madre, y escondió en su seno su rostro inundado en lágrimas. Doña Clara trataba de consolarla, aunque segun decia, no podia comprender ni su negativa, ni su desesperacion, ni su llanto. La dulzura con que don Juan la habló en seguida, la hizo presentir un se-

creto que la llenó de angustia y sobresalto. Permitid que nos retiremos, señor conde, le dijo, y perdonad este capricho de niña mimada, que me ha sorprendido tanto como á vos. Espero que mas adelante ella lo pensará mejor, y obrará como debe.

—Id en paz, señora, replicó don Juan sin desviar los ojos de la infortunada jóven; y en cuanto á vos, señorita, no consultéis mas que á vuestro corazon en una circunstancia tan grave, que ninguna razon de conveniencia influya en vuestras determinaciones, y sean ellas cuales fueren, nunca olvideis que en mí teneis el mas sincero y afectuoso amigo.

VI.

Ese dia á la hora de comer, la señora de Albarellos envió un recado al conde pidiéndole que la escusase sino se presentaba, porque tenia á su hija algo indispueta. Esta circunstancia bastó para que don Juan no hablase una palabra en toda la comida, y para que el secretario imitase su ejemplo. Los dos estaban taciturnos y pensativos.

Al otro dia por la mañana, cuando Rivera segun costumbre, entró en el gabinete de don Juan para informarse de lo que tendria que hacer, este conoció que estaba aun mas triste que la vispera.

—¿Qué teneis, amigo mio? le preguntó: ¿acaso la señorita de Albarellos se ha puesto peor?...

—¡Ah! no señor, al contrario, ya está restablecida de su ligera indisposicion.

—Entonces....

—Persiste en no casarse conmigo.

—¿Cómo?... ¿ella misma os lo ha dicho?

—En persona. Y con toda la bondad, con toda la dulzura imaginables no me ha dejado la menor esperanza.... me ha jurado que tiene hecha la firme resolucion de no casarse nunca para no separarse de su madre.

—Es lástima, amigo mio. Pero ¿cómo ha de ser! no es posible casarse con una chica cuando ella no quiere.

—Lo conozco, y fuerza será que me consuele. Siento únicamente que la señora de Albarellos, que segun creo deseaba que este matrimonio se realizase, emplea ahora con ella un tono severo, y parece incomodada de su inobediencia. Mucho sentiria que la pobre Concha sufriese disgustos por mí. No es culpa suya si yo no he sabido agradarle. Lo siento, pero no la acuso.

—No tengais recelo; yo arreglaré ese asunto. Hoy, mi querido Rivera, debeis tener muy pocas ganas de trabajar; tomad pues uno de mis caballos é idos á dar un paseo hasta Sevilla, el ejercicio y el tumulto de la ciudad, os distraerá.

—Gracias, señor conde; me aprovecharé de vuestra bondad, porque en efecto, necesito distraerme.

Momentos despues cruzaba el secretario á escape el camino real, divirtiéndose en acelerar ó contener la veloz carrera de su fogoso corcel. Don Juan entretanto meditaba, entregado á muy serias reflexiones; levantóse de repente como si hubiese adoptado una resolucion definitiva, se dirigió á las habitaciones de doña Clara, y entró con tanta precipitacion, que sorprendió á Concha llorando abrazada al cuello de su madre.

Adelantóse el conde audazmente fingiendo no haberse apercebido de su turbacion, y les dijo para justificar su inesperada visita:

—Disimulad si me he atrevido á penetrar hasta aqui sin hacerme anunciar.... deseaba saber si Conchita se ha mejorado, y....

—Sois harto bondadoso, señor conde, respondió doña Clara con cierto embarazo hijo tal vez del conocimiento de su situacion; Concha esta mejor. La escena de ayer....

—No hablemos mas de eso, repuso el conde con afabilidad; nos ha entristecido á todos.... y á mí mas que á nadie. Mi *ángel salvador* me ha acostumbrado de tal modo á la alegría y á la ventura, que sin estas dos cosas no puedo ya vivir.

—¡Dios mio, cuánto lo siento!... esclamo doña Clara que cada vez parecia mas confusa y turbada; vuestra benevolencia me desespera, porque justamente en este instante.... estábamos pensando....

—¡Acabad!

—Sin duda os vamos á parecer unas ingratas; pero habeis de saber que Concha padece de los nervios. El médico á quien he consultado, me ha dicho que estos aires eran demasiado cálidos para ella, y que el clima de Madrid mas húmedo y frio la probaria mejor. Así, deseaba que me concedieseis un permiso de tres ó cuatro semanas para conducirla á la córte.

Doña Clara hablaba con los ojos bajos; don Juan contemplaba á Concha, que se habia puesto alternativamente blanca como la cera, y encendida como la grana, en el corto intervalo que duró la esplicacion de su madre.

—Vamos, todo puede conciliarse, contestó él alegrement, mi palacio de Madrid es vasto y en él puedo cederos sus mejores habitaciones. Dentro de ocho dias iremos á instalarnos en él, y de ese modo continuaré disfrutando de la dulce *vita nova* á que me habeis acostumbrado.

La madre y la hija cambiaron una rápida mirada llena de angustia, cuya verdadera significacion comprendió el conde.

—¿Hay por ventura algun obstáculo?

—No señor, pero.... he reflexionado que despues de la repulsa inmerecida que ha recibido el señor Rivera, convendria que la ausencia le ayudase á olvidar...

—Uno de mis hermanos ha sido nombrado ministro plenipotenciario en Roma.—Don José es muy aficionado á viajar; le haré agregar á la secretaria, y siendo un chico de talento no podrá menos de hacer carrera. Esto redundará en beneficio suyo.

—Ya lo veo... pero como he pensado en enviar á Concha á Málaga con una prima mia, á fin de que la suave temperatura....

—Pero considerad, señora, que no hace tres minutos habeis dicho que la sacábais de aqui, por que estos aires eran demasiado cálidos.... no creo que los de Málaga sean mejores. Vamos sed al menos lógica, y puesto que me habeis manifestado vuestros proyectos, escuchad ahora los míos. Tiempo nos quedará luego de escoger; y si no podemos convenirnos, me someto de antemano á la decision de mi *ángel tutelar*; escuchad:

Don Juan se aproximó á Concha, la tomó la mano y contemplándola con ternura, añadió:

—He dicho, señorita, que dentro de ocho dias partiremos para Madrid. Nos instalaremos en mi palacio, donde estais tan bien y tendreis el mismo absoluto dominio que aqui. Est e invierno abriré mis salones á la buena sociedad ma-

dileña, y gozaremos juntos de todos los placeres y diversiones de la coronada villa. Quiero vivir como un cortesano para encontrar luego mayor encanto en volver á mi antigua soledad, á esta quinta que vuestra presencia ha cambiado para mí en un Edem. Vereis si el clima de Madrid conviene á vuestra salud; me direis si estais contenta, si sois feliz, y en ese caso, yo me encargo de proporcionaros un buen marido, y....

—¡Señor, he jurado no casarme nunca!

—Mal hecho: nadie puede decir de este agua no beberé. Vuestro corazon es noble y generoso y está dispuesto siempre á sacrificarse por los demas. Ahora bien, supongamos que un hombre.... de mi edad, por ejemplo, os dijese: «Concha, tengo treinta y dos años; treinta y dos años he sido desgraciado: ¿quereis vos, que con una sola mirada habeis trasformado mi vida triste y fatigosa en una vida feliz y llena de encantos; vos que os habeis aparecido en mi camino como el *ángel salvador* que Dios me enviaba para apartarme del sendero del mal; quereis coronar vuestra obra, uniendo para siempre vuestro destino al mio, obligándome á creer con una palabra, en todo lo que para mí ha sido hasta ahora burla, decepcion y mentira? Decid, ¿me rechazarais.... si os hablase de este modo?

—¡Oh! ¡eso no es posible, señor conde, no es posible! ¡no sois vos, vos quien me lo diria!....

—Soy yo, Concha, yo mismo, yo que os idolatro, y os pido de rodillas que acepteis mi amor!.... y vos, doña Clara, que habeis adivinado tan bien los sentimientos de Rivera, ¿no habeis adivinado igualmente los míos, para decir á vuestra hija que no vacile ni dude por un instante de la sinceridad de mis palabras?...

—¡Ah! no señor, exclamó la tierna madre llorando de placer; ¿cómo pude nunca soñar tamaña felicidad para mi pobre hija? Al contrario, queria partir y alejarla de vos, por que....

—Calla, mamá, calla!...

—Comprendo.... su noble corazon sentia un impulso de piedad hácia mí.

—¡Un impulso de piedad!.... repitió la jóven mirando á su madre, y tendiendo al conde su preciosa mano con una sonrisa que envidiarían los ángeles.

—No, no era un impulso de piedad, era ternura, era amor! dijo doña Clara; ayer recién lo comprendí; ayer recién leyó ella en su corazon. Por eso llorábamos, por eso habia hecho la firme resolucion de alejar para siempre de vuestro lado á la imprudente niña que se atrevia á amarnos.

—¡Me amaba! ¡me ama! ¡Ah! ¿qué tesoro mas grande podria traerme en doté? á mí, ¡á quien nadie ha amado en la tierra!....

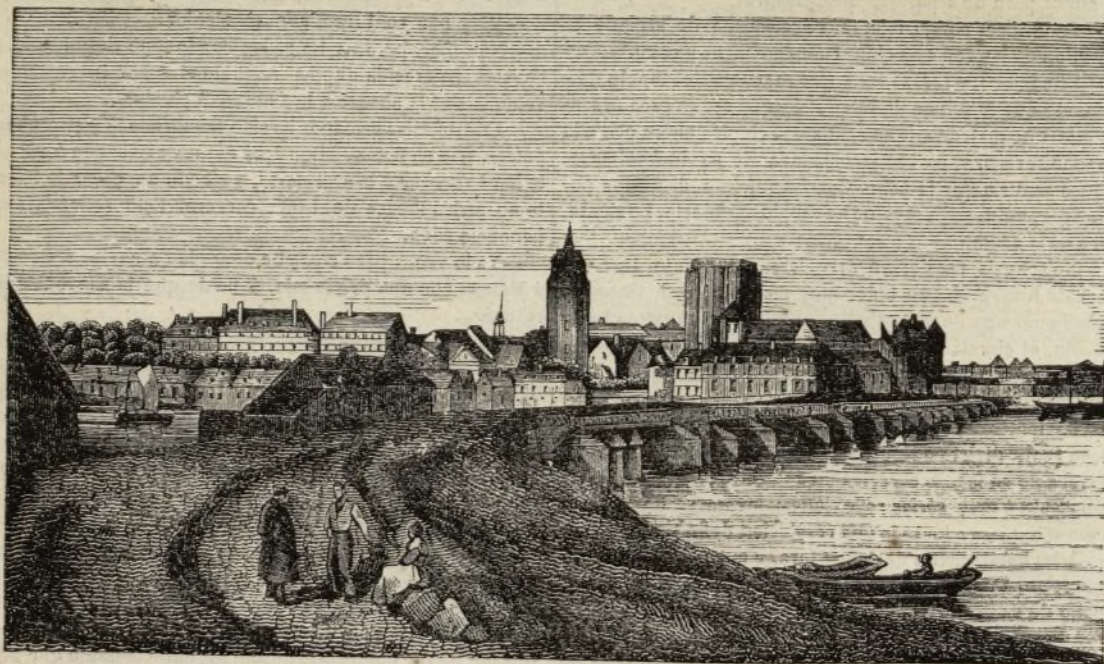
VII.

Dos meses despues, don José María Rivera regularmente consolado de su décima ó duodécima derrota habia partido á Roma en calidad de agregado á la embajada española en la corte pontificia. El *ángel tutelar* se habia trasformado en condesa; don Juan estaba radicalmente curado de su misantropía; y la señora de Albarellos, olvidando un pasado doloroso, se consideraba tan feliz como es posible serlo en este miserable globo subllunar, viendo la felicidad de su única y adorada hija, su idolatrada Concha, ¡el *ángel salvador* de ella y de don Juan!

LATRO.

GEOGRAFIA PINTORESCA

→→→→→←←←←←



FRANCIA.—Vista de Beaugency.

ESTUDIOS MORALES.



ORTEGA

UNA LEYENDA Á PROPOSITO.

Apelé á todas las razones, empleé todo género de paliativos con aquellos padres justamente irritados. La madre, mas violenta, mas inflexible que el padre me quitó enteramente la esperanza de encontrar en ella un apoyo.

En vano me esforcé en recordarles el talento, el mérito de su hija.

—Mi hija no es otra cosa que una muger culpable, murmuró el padre apretando los dientes.

—Vuestra hija proporcionará dulces y prolijos cuidados á vuestra vejez, y devolverá su alegría á vuestro interior doméstico.

—¡Prefiero terminar mis dias en un hospital, exclamó de pronto la madre, que volver á mirar bajo este techo á la que ha encanecido mis cabellos antes de tiempo!

—¡Si supiérais lo que la pobre muchacha ha sufrido de diez años á esta parte! Efectivamente ha espiado.....

—Si, interrumpió la madre; diez años hace que partió co-

mo fugitiva de esta tranquila morada de donde no se borrará nunca su sombra: y desde aquel instante fatal no he cesado de verla en todas partes..... pero ella no me pertenece ya.

El padre ocultó la cabeza entre sus manos; pensé que se enternecía. ¿Cómo hacer para que fuera acrecentándose esta favorable emocion? ¿Cómo hacer para que se trocara en piedad? La religion tiene su leyenda de misericordia para el hijo pródigo; yo no conocia ninguna otra favorable para la hija imprudente; á ella puede aplicarse aquella sentida máxima: «El honor es como una isla escarpada y sin orilla; no se puede volver á ella una vez traspasados sus límites.» Viendo llorar á una culpable todavia hermosa é interesante, encontré mil excusas para disculpar los extravíos, que me parecían de otro color mas fuerte en presencia de aquellos ancianos padres, de aquellas paredes desnudas, de aquellos muebles sombríos y empolvados. No me admiraba de que mi mediacion fuera ineficaz, porque se despertaba en mí una secreta cólera contra aquella que habia convertido esta pacífica morada en residencia del desconsuelo y la desesperacion. Un pasado muy diferente me trajo á la memoria,

con las escenas risueñas de la adolescencia de aquella jóven, y conozco que fui demasiado poco oportuno el comunicar al padre estos recuerdos.

—Me parece verla todavía apoyada sobre tu hombro, primo, dije al anciano, que se hallaba absorto y meditabundo por la tristeza. ¡Qué graciosa, qué interesante se ponía cuando suplicaba! ¡Qué seductora cuando se enfadaba! Entonces no podías negarle nada. ¿Té acuerdas cuando te rogó la llevases no recuerdo á qué fiesta? «Querido papá, decía con su dulce acento, cuyo timbre argentino os encantaba el corazón; tengo muchas ganas de ir á la fiesta. ¿Quieres por la primera vez de tu vida contrariar á tu hija Sara?» Inclínala, aproximaba sus labios á tu oído, y sonreía; cedistes; todos hubiésemos hecho lo mismo... ¿Quién hubiese dicho entonces, que cierto día intercedería yo por esta misma niña y que no sería escuchado?

Mientras yo hablaba, mi anciano primo se volvía al otro lado con un movimiento angustioso. De repente levantó la cabeza; sus músculos estaban contraídos, su fisonomía irritada, fruncido el entrecejo, la mirada inflamada; me miró, luego miró á la puerta. Yo estaba bastante lejos: su gesto era significativo, y busqué lentamente mi sombrero.

Esta puerta sobre la cual clavó sus ojos mi pariente, se abrió despacio, y vi aparecer una prima que yo visitaba poco, pero de la que me burlaba muy á menudo, y á la que llamaba *doña Hormiga* por apodo á causa de que andaba siempre por veredas y caminos, de acá para allá, trayendo y llevando alguna bagatela. Constantemente descubría, merced á su intimidad con todo el mundo, dónde había un natalicio, donde alguna boda, ó donde algun entierro, y jamás faltaba su presencia. El corazón de esta muger alimentaba tan incesante actividad, que turbaba mi reposo y fatigaba mi indolencia. Sin embargo, confieso que esta vez no me disgustó su visita, y la diversion hizo mi partida menos urgente.

—Buenos días, dijo al entrar. ¿Cómo os va con este tiempo, me parece que bien, no es verdad? La lluvia es buena para la viña; la nieve excelente para el trigo. ¡Qué condición la nuestra, pobres criaturas de Dios, que comemos el grano de los unos y bebemos el jugo de los otros! ¡Ah! ¿estás ahí, primo? Tanto mejor; eres mi deudor. Tengo un billete de lotería que he comprado, y deseo que vayamos á medias en las ganancias; dame la mitad del importe, y de seguro nos tocará un premio, pues se dice que eres hombre de mucha suerte; además, dame las gracias, pues todos los billetes escogidos por mi mano salen premiados. ¿Qué dices, aceptas?... ¿no respondes?

Esta propuesta no era á propósito para complacerme mucho.

—Da treguas á tus eternas loterías, prima, le dije, y reserva los favores de tu buena suerte para otro.

La prima me miró con alguna sorpresa; las risueñas arrugas que cerraban alegremente el rincón de sus ojos, se estendieron, y acompañando á un ligero movimiento de hombros su meneo de cabeza habitual.

—Enhorabuena, dijo, buscaré otra persona.

Y acercándose á la dueña de la casa, que hacia lo posible por mostrarse tranquila y prestarle atención, comenzó á desatar sus lios y á hablar á media voz. Pude ver que se trataba de ventas, de suscripciones, de asociaciones de caridad, y continué dando vueltas y revueltas á mi sombrero,

sin poder resolverme á abandonar la partida, y sin poder descubrir un flanco para volver á la carga.

Mis reflexiones eran poco satisfactorias. ¿Cómo ir á decir á la jóven que animé y di esperanzas, que aquel padre en otro tiempo tan indulgente, no era ya mas que un juez inflexible? ¿Que los dolores que habia acumulado en el corazón de su madre se habian convertido en un ágrío y desesperado rencor? Sepultado en estos pensamientos que surgian entre el murmullo monotono de la conversacion, salí de este estado por una exclamacion repentina;

—¡Sara! gritó *doña Hormiga*; pobre niña ¿dónde está?

A este arranque cobré valor. Nuestros parientes habian hablado, y la devota escrupulosa en quien nunca hubiera yo buscado un auxiliar llegó á ser la mas ardiente, el mas enérgico abogado de mi pobre arrepentida.

—¿Por qué no fué á buscarme en seguida? me preguntó la prima de una manera particular.

—¡Presentarse aqui, interrumpió violentamente la madre; su vista me mataría!...

—No, no te matará, prima; te volverá la vida; las lágrimas sinceras lavan todo género de mancha; aquella que llora debe ser perdonada. Si tú la rechazas yo la recibiré: mi cuartito es suficiente espacioso para que puedan vivir dos personas; desde el momento que vuelva, ¿quién recordará qué nos dejó?

—Yo te creía con mas moralidad, con mas religion, respondió la madre con despecho.

Y vi que su irritacion iba á aumentarse; pero *doña Hormiga* era bastante resuelta para resignarse al silencio.

—Querida, exclamó cogiéndola las manos que retenia entre las suyas con dulce violencia; ¿no existe tal vez alegría para el culpable que se arrepiente como para el justo que no ha pecado? Ella vuelve á enjugar las lágrimas que nos ha hecho derramar, y aquel que no perdona hay derechos para pedirle cuenta. ¡Vuelve á nosotros aquella que tanto habíamos amado, que tanto habíamos llorado! ¡Ah! ¡Bendito sea el Señor que nos la devuelve! Sobre tus rodillas aprendió la pobrecita á hacer su primera oracion. ¿Te acuerdas de aquel día en que dijo con acento inocente y cándido, «Dios mio, que mamá me perdone?» ¿Te acuerdas de tu accidente, prima? La niña estaba mas pálida que tú cuando fué necesario sangrarte; perdió el conocimiento, y «madre mia» fué la primer palabra que pronunciaron sus labios.

La anciana separó una de sus manos y buscó un pañuelo.

La emocion suministraba una verdadera elocuencia á aquel espíritu que yo creía vulgar y que me habia parecido se detendría en una multitud de minuciosidades é insipidos pormenores, como si el objeto que se proponia, es decir, la caridad, no engrandeciese todas las cosas. Yo no me esforcé ya en abogar por una causa que *doña Hormiga* comprendía mejor que yo: no tuvo cuidado de recordar las debilidades paternas, tal vez origen de los errores de Sara; pero volvió á aquellos días de angustia en que el padre situado en la cabecera de la cama de su hija enferma pedia á Dios de todas veras morir en lugar de su hija. Aprovechándose de la ocasion conmovió el corazón de los ancianos padres con los recuerdos de la infancia de aquella niña, con sus primeras sonrisas, con sus primeros ruegos balbuceados en el seno maternal. Todo un pasado de candor infantil, de amor ingenuo renacían en sus palabras mezcladas de pia-

dosas invocaciones; y cuando los padres, con los párpados inflamados por las lágrimas del enternecimiento, mas que medio convencidos, lanzaron algunas exclamaciones respecto á la opinion pública, espresaron á la vez, la necesidad que habia de que la niña espíase mucho tiempo su falta á fin de que el ejemplo de una peligrosa indulgencia no sirviese de estímulo al vicio y no escandalizara á las personas honradas. Pero doña Hormiga, refirió á este propósito una antigua leyenda, cuya santa moral hizo una profunda impresion en el ánimo de los afligidos padres.

«En un pueblo de España, dijo, habia hace bastante tiempo un rígido monasterio de religiosas profesas; las nobles familias de todas nuestras provincias procuraban que entrasen sus hijas en él, cuando estas jóvenes querian huir de las seducciones del siglo y asegurarse un lugar en el paraíso. Una niña de siete años llamada Beatriz fué condenada á este sagrado recinto; y era tan piadosa, que antes que cumpliera los quince años quiso hacer sus votos de profesion. Esto era contra las reglas del convento; pero la jóven rogó tanto para ser admitida entre sus hermanas, demostró tanto ardor y tanto celo que no hubo medio de resistir á su vocacion. ¿Quién se hubiese atrevido á vituperar á la superiora en esta concesion, cuando la mas jóven de las religiosas aparecia tan devota y ferviente?

«Nombrada Beatriz sacristana de la capilla de la Virgen, tenia bajo su custodia el cuidado y adorno de esta sacrosanta imagen, y su único placer consistia en adornar el altar confiado á sus cuidados. Su inocencia, su piedad, su diligencia fueron por espacio de siete años la edificacion del santo monasterio. Pero sucedió que un día se habló en el pueblo, (cuya nueva invadió el claustro), de la próxima llegada de un embajador. Era un gran señor inglés, el cual iba á pedir en casamiento para su soberano á una princesa española, y precisamente tenia que pasar por este pueblo. Se contaban maravillas del embajador y de su brillante comitiva, y Beatriz que no habia visto nada mas hermoso que la procesion del *Corpus*, ni pensado en ningun otro género de espectáculo, vino en deseos de presenciar esta pompa mundana. Rogó largo tiempo y con instancias repetidas á la tornera, hasta que esta consintió en entreabrirle una ventanilla que hacia mucho tiempo estaba condenada; y por esta estrecha abertura vió pasar la jóven religiosa, los ricos y engalanados caballeros. Mas de uno levantó la cabeza y saludó, besando las puntas de sus dedos en ademán de tirarla besos. ¡Que placer tan grande ver pasar á todos estos caballeros adornados de seda y de oro! ¡Qué gusto verlos marchar á caballo con sus halcones en la mano y haciendo caracolear sus fogosos y animados corceles! Beatriz siguió por mucho tiempo con la vista la noble cabalgata, y las ondulantes banderas guarnecidas de oro que llevaban. Habia leído las divisas de los caballeros en honor de sus respectivas damas, y dijo á la tornera que le esplicase lo que querian decir todos aquellos emblemas, y la tornera la satisfizo.

«Desde este momento la jóven religiosa empezó á encontrarse desgraciada, y á contemplarse una pobre muchacha que no habia visto nada, y hasta llegó á decir que era mejor morir que verse encerrada en aquel claustro que aprisionaba las miradas, pero no los pensamientos.

«El casto asilo, el nido que la habia puesto al abrigo de todos los males de la tierra y de sus peligros, llegó á serle

odioso; se figuró que todo fuera de la clausura no era mas que alegría y delicias desconocidas para ella, y en las cuales debia tener parte. En una palabra, cobró horror al claustro, á aquella vida que antes le pareció tan dichosa, y entregándose á la tentacion se fué una mañana á la capilla á cuyo servicio habia estado desde su infancia. Postróse de rodillas delante del altar adornado con sus propias manos, y dirigiéndose á la Virgen, cuyo plácido rostro le sonreia como siempre, la dijo: «Señora, hace muchos años que os sirvo incansable noche y día; pero ya no puedo resistir mas tiempo á los deseos que me asedian. Vos no venís en mi socorro; no hallo en mí resistencia, y vencida, me rindo enteramente. Estas llaves que guardé fielmente hasta aquí, las resigno. Tomadlas.» Y poniéndolas detrás de la estatua de la santa Virgen, se escapó del monasterio.

«Quince años anduvo Beatriz por el sendero de la culpa. En todas partes buscaba la felicidad que creyó encontrar fuera del convento, y que no se encuentra mas que en sí mismo, pero que sin embargo ella creia verla en cada nuevo extravío. Fatigada en fin, de una vida criminal, cansada de los demas y de sí misma, una noche, llena del mas profundo desaliento, anduvo errante y abatida hasta llegar á la puerta del claustro, donde habia pasado sus mejores años. Llevada de un movimiento irreflexivo llamó al torno y preguntó á la nueva tornera que se presentaba si habia conocido á una religiosa llamada Beatriz, sacristana en otro tiempo de aquel convento.

—«Aquí vive, respondió la tornera; es una honrada y juiciosa religiosa: desde su mas tierna infancia sirve en la capilla de la Virgen, y es tan querida de nosotras que ha llegado á ser el ejemplo de todas.

«La pecadora, no comprendiendo estas palabras se retiró conmovida. Meditaba en un pequeño bosque que sombreaba la puerta del convento, cuando la Virgen se le apareció y la dijo: «Hace quince años que me resignaste tu cargo, y le he desempeñado: quince años he verificado tu servicio bajo tu misma semejanza, y bajo tu mismo hábito. Yo á mi vez te devuelvo tu empleo. Nadie ha sabido tu pecado. Vuelve á desempeñar tu destino; haz penitencia; las llaves están en el mismo sitio donde las depositastes.

«A estas palabras derramó un torrente de lágrimas; pasó á tomar sus llaves, su hábito, y solamente el sacerdote á que se confesó supo los extravíos que espíaba la vida mas santa y el mas profundo arrepentimiento.»

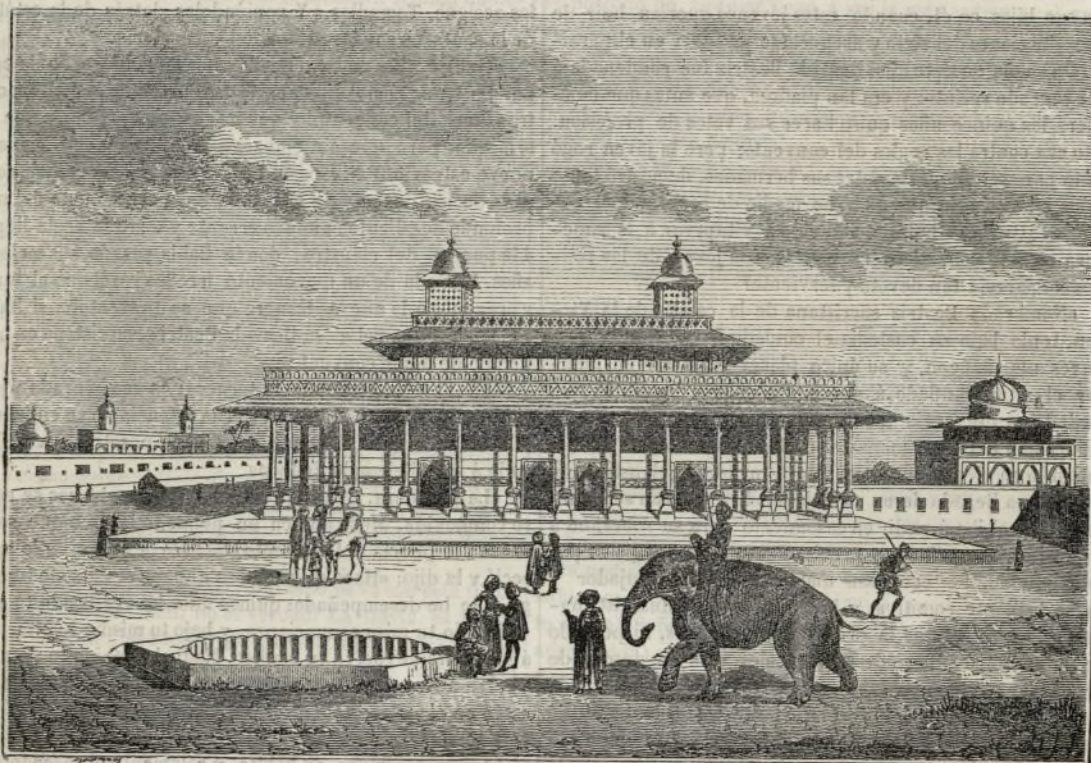
Quando oí por la primera vez referir á doña Hormiga esta leyenda, las circunstancias pedian que fijase el recuerdo en mi memoria, pero en este momento se fijó todavia mas por el espectáculo que se me ofrecia. La pobre Sara volvió á entrar en el seno de su familia, y recuerda un funesto pasado que lava á la sazón con tantas virtudes. Doña Hormiga va y viene como de costumbre. Yo me suelo chancear algunas veces todavia con ella; pero interiormente venero á esta piadosa y caritativa muger que me ha hecho comprender lo que puede la misericordia, lo que puede la contricion. Merced á ella he comprendido y respetado aquella máxima sublime que dice: «Dios hizo del arrepentimiento la virtud de los mortales.»

FORTALEZA DE ALLAHABAD.

PALACIO DE MADURA.

El suelo de la India está cubierto de ruinas. En las orillas de los rios, en las cimas de las montañas, en el horizonte de las espaciosas llanuras, por todas partes en fin, el viajero descubre palacios, templos, fortalezas, silenciosos vestigios de una civilización que ya no existe. Los palacios se-

pultados bajo la sombra de árboles seculares, están como adormecidos con el murmullo de las aguas de los rios: sueñan con el recuerdo de aquellas espléndidas fiestas que han inmortalizado la magnificencia de las dinastías orientales. Los templos, abandonados por los brahmas, no oyen ya mas que el graznido de los cuervos que van á buscar un abrigo en los pórticos vacilantes, ó sobre los alterados relieves de las esculturas. Las fortalezas, en donde en otro tiempo se reunían ejércitos innumerables, no están guarnecidas en el dia mas que por algunos cipayos á sueldo de la Inglaterra: detrás de sus dismanteladas murallas,



Pabellon del palacio de Allahabad en la India.

arrastra su lánguida existencia el vástago de alguna dinastía indiana, destinado á morir prisionero entre las ruinas del edificio que construyeron sus antepasados.—Este espectáculo es triste, y sin embargo, cuando el sol de la India atravesando las inflamadas nieblas del cielo, va á reflejar en los antiguos minaretes, y reemplaza con el brillo de sus rayos el borrado oro de las cúpulas, parece que todos aquellos monumentos se despiertan, que una varita mágica ha resucitado por un instante los esplendores de otra edad, y que la India renace á la vista del viajero, tan pronto bajo la forma imponente de la civilización musulmana, como con los trages fantásticos de Brahma.

Los ingleses no hacen nada para contener las lentas degradaciones del tiempo. ¿Que les importan esos templos poblados de idolos, esos palacios vacios de reyes; ruinas inútiles, piedras amontonadas, que cubren sin provecho an-

chos espacios en que podria estenderse el cultivo? ¡Terreno perdido para la caña del azúcar ó el añil! Desde la conquista de la India, los ingleses han invertido sumas inmensas en la construcción de los fuertes de Calcutá y de Madrás, en la conservación de un numeroso ejército, en el sueldo de los oficiales trasformados en nabahs, y apenas dan algunas rupias para la reparación de los monumentos indios: no cumplen ni aun las avaras obligaciones del propietario, que al menos tiene que guardar lo que posee.

Conquistada la India hace largo tiempo, nada ha ganado con variar de dueño. Los musulmanes y mogoleses, á quienes la compañía de las Indias desprecia sin duda como bárbaros, han tenido al menos el buen gusto y la gloria de añadir nuevas maravillas á las que la antigua civilización indostana habia sembrado con profusion bajo el sol del Asia. Durante su dominacion no murió el arte, y los no-

bles trabajos que todavía atestiguan su paso, borran en partelas huellas de la sangre que han derramado.

Mas dejemos á los traficantes de Inglaterra que acumulen en sus almacenes fardos de algodón, y que en sus escritorios coloquen en fila los montones de rupias. ¿No han ido para eso á la India? Alejémonos de los palacios enlucidos de Calcuta, remontemos el río Sagrado, y despues de saludar las cúpulas de Benarés, detengámonos en la confluencia del Ganges y del Jumna.

Allí se elevan el palacio y el fuerte de Allahabad, cuya construcción data desde fines del siglo XVI, en el reinado de Akbar el Grande. Allahabad formaba parte de aquella línea de fortalezas que se fué extendiendo sucesivamente desde Lahore á Chunar, para defender al país de la invasión estrangera. El grabado anterior representa un pabellón del palacio que el emperador hizo construir al abrigo de las elevadas paredes del fuerte. Este palacio está reputado con razón por uno de los mejores modelos de la ar-



Vista del palacio de Madura en la India.

quitectura musulmana; las gruesas pilastras que le sostienen están adornadas de ricas esculturas; sus minaretes, que dominan á las cúpulas, se levantan atrevidamente hácia el cielo; las paredes tienen finos arabescos, en que la arquitectura ha desplegado todos los recursos del mas ingenioso capricho. El pabellón fué construido con el mayor esmero; pasaba con razón por un prodigio, por lo bien acabado y por su delicadeza; jamás se habian labrado piedras con mas arte y perfección; precisamente esta circunstancia le fué fatal. En 1789 se le antojó al nabah de Ouda el hacer transportar desde Allahabad á su residencia de Lucknow, una torrecilla de mármol blanco que se elevaba por encima del pabellón en el centro mismo de la azotea. El nabah se habia prendado de tal modo de la malhadada torre, que

quería tenerla siempre al alcance de su admiración y de su vista. Decapitado de aquel modo el pabellón, habia perdido uno de sus mas graciosos adornos. Mas tarde, conociendo nuestro nabah que la pasión le habia arrastrado demasiado lejos, creyó reparar su falta mandando que el pabellón fuese demolido piedra por piedra, para reedificarle en Lucknow. Eso ya era otra cosa. El buen príncipe se figuraba sin duda que un monumento se trasplanta tan fácilmente como un naranjo. Pero no sabemos que los príncipes indios creían que todo les era lícito, y que la palabra imposible estaba borrada del idioma de los nabahes.

Sea como quiera, lo que todavía queda de los edificios de Allahabad, merece en mas alto grado la admiración de los viajeros. La natural hermosura del sitio, se armoniza

con la elegante arquitectura del palacio, y realza todo el conjunto, por la maravillosa limpieza del cuadro. Desde lo alto de los minaretes, la vista sigue el magestuoso curso del Ganges, que corre con lentitud por debajo de las ramas de sus orillas, y la plateada cinta del Jumna, cuyas aguas mas rápidas van á mezclarse como con apresuramiento, con las del rio Sagrado. La llanura está esmaltada de campamentos y aldeas: en la confluencia de los dos rios, hay siempre un gran número de barcos, y en las orillas del Ganges, y por entre el sombrío verdor de los árboles, se divisan los techos de muchos *ghats*, á donde los indostanos van á morir, para que su cuerpo sea inmediatamente sumergido y purificado en las aguas santas.

Desde Allahabad á Delhi, las orillas del Jumna están cubiertas de monumentos que recuerdan el reinado de Akbar: todavía se admira en Agra, capital del antiguo imperio mogol, el magnifico palacio de aquel principe que describiremos otro dia.

A medida que uno va alejándose de las orillas del Ganges, bajando hácia la estrechidad meridional de la península, la arquitectura se reviste poco á poco de otras formas y se embebe mas esclusivamente en las tradiciones indostanas. Los brillantes círculos de las cúpulas, las sueltas flechas de los minaretes, los caprichosos arabescos de los palacios y azoteas; en una palabra, todos los caracteres del arte musulman, que brillan en los edificios de los soberanos mogoles, desaparecen de los monumentos cuya construcción se remonta á una época anterior y pertenece á las primeras edades de la idolatria indiana. Ya no se encuentran como en las regiones del Norte aquellos ricos palacios, aquellos suntuosos mausoleos, que una generación ha consagrado á la gloria de un hombre, y que recuerdan la magnificencia ó la vanidad de un sultán. En el Mediodía, la mayor parte de los edificios están dedicados á la religion: son pagodas, abiertas unas veces en un peñasco, en la ladera de una montaña ó á la orilla del mar, y construidas otras en medio de una llanura que dominan, y cuyas grandes puertas se elevan en forma de pirámide truncada, en las cuatro caras ó fachadas del templo.

Algunas veces sin embargo, hácia el medio de la península, vuelve á encontrarse la amalgama de las dos arquitecturas indostana y musulmana, mezcla que parece indicar el punto en donde se han encontrado las dos civilizaciones. Asi es, que á trescientas siete millas de Madrás, se encuentra el palacio de Madura, construido enteramente, ó por lo menos restaurado, por el rajah Tremalnaig; el vestibulo pasa con razon por la parte mas hermosa del edificio. Este vestibulo forma un paralelógramo de trescientos doce pies ingleses de largo por ciento veinte y cinco de ancho: el techo está sostenido por seis hileras de columnas de granito ceniciento que tienen cerca de veinte y cinco pies de altura: en medio hay un camino. A la derecha sobre la segunda columna se encuentra la estatua en relieve de Tremalnaig, acompañado de tres de sus mugeres: en otras columnas se hallan igualmente representadas diferentes personas de la familia de aquel rajah, cuya memoria reverencian profundamente los indostanos. En el techo se hallan grabados los doce signos del zodiaco entre una multitud de figuras mitológicas.

Sería preciso conocer á fondo la teogonia indostana para comprender el sentido de las mil figuras que compo-

nen los bajos relieves: y aun es probable que el artista muchas veces ha añadido á las imágenes de los dioses admitidos regularmente en el Olimpo por los libros santos las creaciones mas ó menos grotescas de su imaginacion enteramente profana. Como quiera que sea, no podria inventarse nada mas extraño que los dibujos de aquellas colgaduras de piedra, que descienden á lo largo de las columnas y se extienden por las paredes del templo. Allí hay dioses y diosas de todas clases y formas: animales, monstruos, diablos, y mas frecuentemente imágenes inspiradas por un cinismo asqueroso y repugnante... Les agrada á los indostanos adorar tales horrores.

Ya se han hecho trabajos inmensos para descifrar aquellos geroglíficos, que encierran el secreto de las religiones antiguas de la India: pero la ciencia, ó mas bien la ingeniosa imaginacion de los eruditos, solo llega con mucha lentitud á adivinar el sentido oculto bajo tantas y tan extravagantes formas, y á encontrar en la piedra la traduccion de los libros sagrados. Los bajos relieves de las pagodas y de los palacios resistirán todavía bastante largo tiempo á las injurias de los siglos, para asegurar á los Edipos de la ciencia una larga série de enigmas y de noches sin sueño. Descifrados ó no, atestiguarán siempre, en el lenguaje mudo y solemne de las ruinas, el infinito arte de las generaciones que los han grabado en aquellos espléndidos monumentos, y la malicia de las esfinges que los han cinzelado.

ESCELENCIAS DE LA CIUDAD DE BARCELONA.

..... y así me pasé de claro á Barcelona, archivo de la corte, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única.

(Cervantes, *D. Quijote*, part. II. c. LXXII.)

Barcelona, la ciudad afortunada, querida y elogiada siempre por sus reyes, envidiada por las naciones extranjeras, conocidos sus gloriosos hechos por todo el orbe, y émula de la mas afamada poblacion, ha llevado siempre en España la iniciativa en prohibir las mas laudables costumbres, los inventos mas útiles, y las mas célebres instituciones. Ella ha sido en España la primera en alabar al Santísimo Sacramento con solemnes procesiones; la primera en la Península en difundir las luces de la imprenta, y la primera tambien en fundir instrumentos bélicos y aplicarlos en la guerra marítima, y en facilitar rápidamente el comercio por medio de los caminos de hierro. No es ahora de nuestro propósito averiguar si es cierto lo que dicen algunos escritores, sobre poseer ya teatro Barcelona en tiempo de los primeros monarcas godos, y conocer los *bailes públicos* sus ciudadanos en la misma época; pues podria dudarse de la certeza de tales hechos al considerar la oscuridad con que se nos presenta la historia de aquellos tiempos. Pero ni á esta se podrá tachar de impostora, ni á nosotros de demasiado afectos á aquel pueblo industrioso, cuando hablan los hechos en nuestros dias, y de siglos mas remotos nos quedan documentos auténticos. Celebren enhorabuena otras poblaciones su valor en las armas, su afición á las letras y su amor á los reyes; que Barcelona tiene y ha tenido toda

esto, y á mas conserva su iglesia y su intacta religion nada menos que desde principios del siglo IX.

1319. PROCESSION DEL CORPUS.—Barcelona fué la ciudad que celebró por vez primera en España la solemne procesion del Corpus, y tuvo lugar en el año de 1319. El pontífice Juan XXII dispuso en 1316, como es sabido, que en la fiesta del Corpus que habian establecido sus antecesores (1) se llevara en procesion el SS. Sacramento, y Barcelona, ciudad religiosa por excelencia, emporio del comercio, y córte de los reyes de Aragon en aquella época, fué la primera poblacion de la península que acató la disposicion pontificia y la llevó á cabo solememente hasta el día por el largo espacio de 331 años. Asi consta por un documento coetáneo, y que traducido al castellano del idioma catalan del siglo XIV, dice asi.

«Habiendo mandado el padre santo apostólico, para honor, honra y gloria de Dios, y engrandecimiento de la fé católica, se celebrára por todo el mundo y siempre anualmente, en el jueves segundo despues de la fiesta de Quincuagésima, una fiesta al santo y precioso cuerpo de nuestro Salvador Dios Jesucristo: y habiendo concedido y otorgado grandes indulgencias á todos los que asistieren á la misa y visperas de dicho día y del de hoy; ordenaron los concelleres á los prohombres de la ciudad que mañana asista todo hombre y toda muger á la misa, á la procesion y misa mayor, que se celebrará con gran solemnidad en la catedral, y que todos guarden fiesta con grande alegría y devocion, tal como si fuese el día de Pascua ó de Navidad, sin tener tienda ni mostrador abierto, ni mercado de cosa alguna; y al que asi lo hiciere, por parte de nuestro señor Jesucristo, no carecerá de galardón. Y que ningun hombre forastero perturbe nuestro gozo, trabaje ni mercancie: pues será quemada la obra al que hiciere lo contrario, y al sayon que lo ejecute ha de pagarle dos dineros.»

Desde el año, pues, de 1319 se ha verificado constantemente en Barcelona la devota procesion del Corpus, celebrándose por la mañana hasta el año de 1544, en que era virey de Cataluña el marqués de Lombay don Francisco de Borja (2); y desde el inmediato año hasta el día se verifica por la tarde. No siempre se ha celebrado esta festividad en su propio día, pues por los sucesos del 7 de junio de 1640 en que corrió á raudales por las calles, casas y templos de Barcelona la sangre catalana mezclada con la de sus enemigos, se trasladó al mes de noviembre (3), cuando ya un poderoso ejército castellano se acercaba á la capital del Principado. Hizose con toda solemnidad concurriendo á ella cuatro obispos, á saber; el de Barcelona, de Girona, de Vique y de Solsona; y cumpliendo con lo dispuesto por el pontífice

Juan XXII, completaron la octava las demas parroquias, con el lucimiento que tanta fama ha dado á las procesiones del Corpus y de Semana Santa en Barcelona, rivales de las no menos célebres de Sevilla.

1359. ARTILLERIA NAVAL Y TERRESTRE.—No hay duda alguna, segun el silencio de todos los historiadores, que Barcelona vió en su puerto el primer uso de la pólvora en España, como medio ofensivo y defensivo desde la cubierta de una nave; pues el mismo rey don Pedro IV de Aragon, en las memorias de su vida, que dejó escritas (1), cuenta: que en el bloqueo que en el año de 1359 pusieron las galeras del rey de Castilla al puerto de Barcelona, una de las naos que defendian su entrada, con los tiros de una *bombarda* derrotó los castillos de otra castellana, llevándole un pedazo de palo mayor. Dejando aparte la duda sobre si esta bombardera era de la dotacion de la nao catalana; ó si solo para aquel caso de apuro y peligro la colocaron en su cubierta, sacándola de la artilleria de tierra, lo cierto es que debe considerarse como la primera prueba de la artilleria de fuego en un caso extraordinario de defensa, segun el silencio de todos los historiadores; y tampoco puede dudarse que era la bombardera máquina bélica usada en tierra en el reino de Aragon, pues no es natural que aplicaran primero á la guerra maritima que á la terrestre, un instrumento cuyo uso debia producir tantas ventajas á los ejércitos.

Muchas son tambien las opiniones, sobre en que país y en que año empezaron los hombres á aplicar la pólvora en la guerra. Barcelona, apoyada en documentos auténticos, pretende haber sido la primera en usar tiros de trueno en la península ibérica. Se cree que en un sitio de Zaragoza, puesto por los cristianos en el año de 1118, y defendida por el rey moro Amad Dola (2), se usó por vez primera de la pólvora y de la artilleria. No falta quien atribuya tal invento al célebre franciscano Rogerio Bacon que nació en 1214 y falleció en Oxford en 1294. Villani asegura que los ingleses hicieron uso de la pólvora de cañon en la batalla de Crecy, explicando la confusion y desórden que entre la caballeria francesa introdujeron las pelotas de hierro lanzadas por las bombardas. Los franceses presentan documentos que prueban su uso en el año de 1336. Mr. Du-Cange dice que fué en el de 1338 cuando estaba la pólvora conocida en Francia. Pedro Mejia y don Pedro obispo de Leon, refieren que por el año de 1343, don Alfonso el Sábio ya tiraba cañonazos en un sitio contra los moros. El padre Feijoo pretende que Schuwart (Schwartz segun otros), franciscano alemán, inventó la pólvora por los años de 1378. Pero diez y nueve años antes, en 1359 los catalanes, ya usaron en nuestra España de tiros de pólvora, y aun anteriormente á esta fecha, puesto que la aplicaron los primeros en la marina en el citado año de 1359, segun testimonio irrecusable, como se ha visto, del rey don Pedro IV de Aragon. Es tambien comun opinion que en un sitio puesto á Baza, á principios del siglo XIV, por el rey moro de Granada *Abalcalid-Ismael-ben Nassen* (3), se arrojaron bombas á la ciudad cercada; pero no obsta el testimonio de *Abú-Abdalla-Mohamad-ben-Al-khatib*, historiador árabe que lo refiere; puesto que la primera vez que se menciona en las historias de los dominios

(1) La fiesta del SS. Sacramento ó del Corpus, fué instituida por el papa Urbano IV en 1264, y encargó á Santo Tomás de Aquino que compusiese el oficio para esta festividad. Lo dispuesto por Urbano IV se confirmó despues en 1311 en el concilio general de Viena en Francia, presidido por Clemente V, y se ordenó se celebrára la fiesta del Corpus por toda la cristiandad.—Juan XXII estableció el primero que se llevara el SS. Sacramento, añadiendo una octava á la fiesta del Corpus en el año de 1316.—Parece que la ciudad de Aviñon, corte pontificia en aquella época, fué la primera ciudad en celebrar esta procesion en el mundo cristiano; Barcelona la segunda en 1319 y primera en España.

(2) El mismo que despues fué duque de Gandia y ahora santo canonizado.

(3) para suplir festivamente lo que ocupó triste el día del Corpus con la commocion de los segadores, dice F. Gaspar Cala, en su *Epitome de los principios y progresos de las guerras en los años 1640 y 1641 y señalada victoria de Monjuque*; impreso en Barcelona por P. Lacavalleria, año 1644.—En Lisboa en el mismo año de 1644, en 4.º

(1) Véase á Capmany, y *Chroniques d'Espagne*, por el archivero real Miguel Carbonell, lib. 6.º, cap. 4.º, fol. 187: un volumen en folio.

(2) Manual de Madrid por el señor Mesonero Romanos, al hablar del Museo de artilleria.

(3) Casiri, tomo II, pag. 7.

de Castilla, el uso de las bombardas como á piezas de batir es en el sitio que don Fernando de Antequera puso á primeros de octubre de 1407, á la villa de Setenib, despues de tomada Zahara, plazas de los moros de Granada. Y á la opinion de que quizá entre los árabes empezó el uso de la pólvora en el siglo XIV, se opone fuertemente el hecho de ser alemanes los mas diestros artilleros que manejaron las bombardas durante aquel mismo siglo y el siguiente, en los ejércitos de los reyes de Castilla y de Aragon. El citado infante don Fernando, no á otra cosa que á los certeros tiros de su artillero alemán (1), debió en 1410 la toma de la importante plaza de Antequera (2).

En cuanto á la artilleria naval puesta en uso en Barcelona, por vez primera en toda España, en el año de 1359, se halla ya admitida en el siglo XV en varias naciones, como consta por documentos y grabados de la época.

Campany asegura, que por los años de 1378 y 1380 era ya Barcelona fábrica y depósito de instrumentos bélicos, como ciudad capital, y plaza de armas de toda la provincia, y arsenal de la corona de Aragon; pues de ella se sacaban los aprestos militares de artilleria, pólvora y demas municiones, no solo para la defensa del continente, sino tambien de los dominios ultramarinos. Consta de la lectura de documentos inéditos, (3) que habia bombardas de metal, es á saber de bronce, y por consiguiente de fundicion: noticia muy apreciable para rebatir la comun opinion de que en aquellos tiempos solo eran de fierro, y de piezas con rosca; y para aclarar con evidencia la materia del cuerpo que disparaban aquellas máquinas, que eran bolas de piedra, y no de metal, circunstancia que no se lee en las crónicas estrangeras. Solo consta en estas que arrojaban pelotas de hierro los tiros ó piezas menores, mas no las de batir, como eran las bombardas. Por consiguiente, el uso de esta artilleria en Barcelona seria ya muy comun en 1378: pues para abastecer otras fortalezas se debe suponer el arte muy adelantado, y como radicado ya en aquella ciudad, que en los siglos siguientes continuó con gran reputacion para pertrechar plazas, ejércitos y armadas (4).

4461. FUEGOS ARTIFICIALES.—Barcelona fué la primera ciudad de España que tuvo fiestas de fuegos artificiales. Pellicer cree que la invencion de los fuegos artificiales no sube del año 1585, en que segun Jorba (5) disparó en Barcelona el capitan Bastian, diestro artillero, un artificio, en presencia de Felipe II y de toda su corte, para celebrar las bodas de la infanta de España doña Catalina, con Carlos Emanuel duque de Saboya. Pero muchos años antes, consta por un diario manuscrito de Gabriel Cañelles, escribano del antiguo consejo municipal de aquella ciudad, que empieza en 1422 y concluye en 1582, que en el dia 21 de junio de 1461, se dispararon invenciones de fuego, cohetes voladores y morteretes ó petardos para festejar á Carlos principe de Viana. Habíanse declarado los catalanes á favor del principe contrariado en todos sus actos por su padre el turbulento don Juan II de Aragon; y negaron va-

rias veces la entrada en Barcelona á su madrastra la reina doña Juana, causa principal de los desastres que en aquella época asolaron al principado. El carácter liberal y pacífico del principe, le habian grangeado la aficion de los pueblos, deseosos siempre del gobierno del hijo cuando aborrecen el del padre; y mas que todo sus derechos incontestables á la corona, que procuraba guardar la reina para su hijo don Fernando. A las instigaciones de esta señora, debióse la prision del principe don Carlos; pero por las duras y justas pretensiones del principado que armó tropas, envió diputados y puso en defensa su capital, fué puesto en libertad, y recibido en triunfo el idolo cuanto malograda esperanza de los catalanes. No se sabia cómo espresar mejor el afecto y alegría general de todo un pueblo, para recibir al principe de un modo solemne, á la par que sincero, que sellara las avenencias ajustadas con su padre; y así es que concellers, diputados, eclesiásticos y nobles, hombres y mugeres salieron de Barcelona al encuentro, no en congregacion, sino cada cual de por sí en alegre y crecido concurso. Desde el puente de San Boy, hasta la ciudad, todo el camino de una y otra banda, estaba lleno de ballesteros y de gente armada á dos filas. Por todos los lugares de Cataluña hasta Barcelona, salieron las gentes con coros de doncellas, bien adornadas, y cuadrillas de niños armados puerilmente con cañas y ballestas, llevando sus estandartes, y mostrando alegría por su libertad deseada y venturosa venida, gritaban: ¡Carlos, primogenito de Aragon y de Sicilia, Dios te guarde! Entró en la ciudad á caballo, rodeado del clero y de la nobleza, por la puerta de San Antonio: desde ésta hasta la de la Boqueria, se hallaban armados á una y otra parte de la calle, mas de dos mil menestrales, y en el resto de las calles que atravesó, lucian sus pendones y estandartes las cofradías de Barcelona con su coronela, mientras que las músicas marciales poblaban el aire de alegres himnos. Junto al hospital, se hallaban grandes tablados ó catafalcos ricamente adornados, y en ellos los niños y los inocentes, y aun los faltos de juicio, vestidos de trages ridiculos (4). Por la noche hubo iluminaciones en toda la ciudad, á las que siguieron máscaras y bailes, con otros regocijos durante algunos dias. Finalmente, entre las diversiones que tuvieron lugar en Barcelona en aquel entonces, cuéntanse los fuegos artificiales que se hicieron en 21 de junio del citado año de 1461, y que menciona Gabriel Cañelles, seguramente testigo de vista, con las siguientes palabras: *Foren dit die fetes grans alimares fochs voladors, é bombardes de passant, gran copia.*

En Castilla se mencionan los fuegos artificiales, como á diversiones públicas en los reinados de los Felipes III y IV; y Madrid los vió en su recinto, si bien no siempre con felices resultados. Los arcos y armazones de telas y maderas, que diestros artífices colocaban á manera de castillos, fueron algunas veces presas de las llamas por fuegos mal dirigidos, causando confusion y trastorno entre miles de espectadores. Pero no por eso estuvieron menos en auge en la capital de la monarquía para celebrar las fiestas civiles y religiosas y las entradas, bodas y bautismos de personajes célebres, los fuegos artificiales que celebró Barcelona en 1461, por vez primera en España. FLORENCIO JANER.

(1) Llamábase maese Jacome, y por aquel tiempo suenan varios compatriotas suyos en el manejo de la artilleria, así como desde 1468 fueron tambien alemanes los impresores que propagaron y entendieron en España el invento utilísimo de la imprenta.

(2) Historia de Granada por Lafuente Alcántara.

(3) Archivo del maestre racional de Cataluña: en Barcelona.

(4) Cuestiones criticas, págs. 204, 205. Documentos inéditos del Archivo.

(5) Descripcion de Barcelona, M. S. de la Biblioteca Nacional.

(1) Anales de Cataluña, por Feliú, edicion de 1709: Quintana, Españoles célebres, pág. 235: Archivo de la corona de Aragon.